

## CORRESPONDENCIA

## TIERRA SANTA

*La fiesta de San Juan Bautista en Judea*

El R. P. Fr. Ramón García Muiños, franciscano, escribe desde Ain-Carem en Julio último:

La fiesta de San Antonio, como la de aquel otro gran penitente San Juan Bautista, es de las más regocijadas que la Iglesia celebra. El atinadísimo parangón que encierran estas palabras, parte de un hermoso artículo titulado *La Verdadera Alegría*, debido á la pluma del docto catedrático de la Universidad de Santiago y fervoroso Terciario franciscano D. Salvador Cabeza León, inserto en el número extraordinario de *La Voz de San Antonio*, ponen hoy la pluma en mi mano para trazar, siquiera sea muy á la ligera, una reseña de las fiestas celebradas en honor del Precursor del Mesías en estas montañas de Judea, teatro en donde se desarrollaron un día las escenas de su vida, portento de inocencia y penitencia.

Es preciso ser hijo del pueblo, haber visto la primera luz en pintoresca aldea rodeada de cultivados campos y frondosos viñedos y coronada por verdes montañas,

donde Dios abre su mano  
y sus tesoros agota,

para poder sentir la apacible alegría que todo el año se respira en estos lugares santificados con la presencia del Bautista, y que difundiéndose el día 24 de Junio por todo el orbe católico hace que los fieles todos atestigüen la verdad del oráculo del Evangelio: *Multi in nativitate ejus gaudebunt*.

Alegría semejante á ésta se experimenta tan sólo en la fiesta del Taumaturgo de Padua, y la Iglesia inspirada por el Espíritu Santo la pide á Dios todos los años diciendo: *Ecclesiam tuam, Deus, beati Antonii sollemnitas votiva letificet*. ¿Con qué profundo misterio? No es de este lugar declararlo; mas lo cierto es, como afirma el articulista citado, que la fiesta del Taumaturgo Paduano, como la del Santo Precursor, es de las más regocijadas que la Iglesia celebra. En ambas se goza porque se siente la alegría y el entusiasmo de la ino-

cencia; en ambas lucen las flores sus variados colores, y la música deja oír sus más alegres notas, y el pueblo sencillo se viste de gala, y la Iglesia despliega todo la magnificencia de las grandes solemnidades. Y es que si la una se celebra para conmemorar el nacimiento de un niño santificado en el vientre de su madre por la presencia del Niño Divino que había de nacer de María Virgen, en la otra se honra al héroe franciscano santificado por la inocencia de su vida inmaculada, que le mereció tantas veces la dicha de estrechar entre sus brazos al mismo Niño de Belén. Bien podemos mostrarnos orgullosos viendo parangonado nuestro Santo Paduano con aquel de quien dijo Jesucristo: *Inter natos mulierum, non surrexit major Joanne Baptista*.

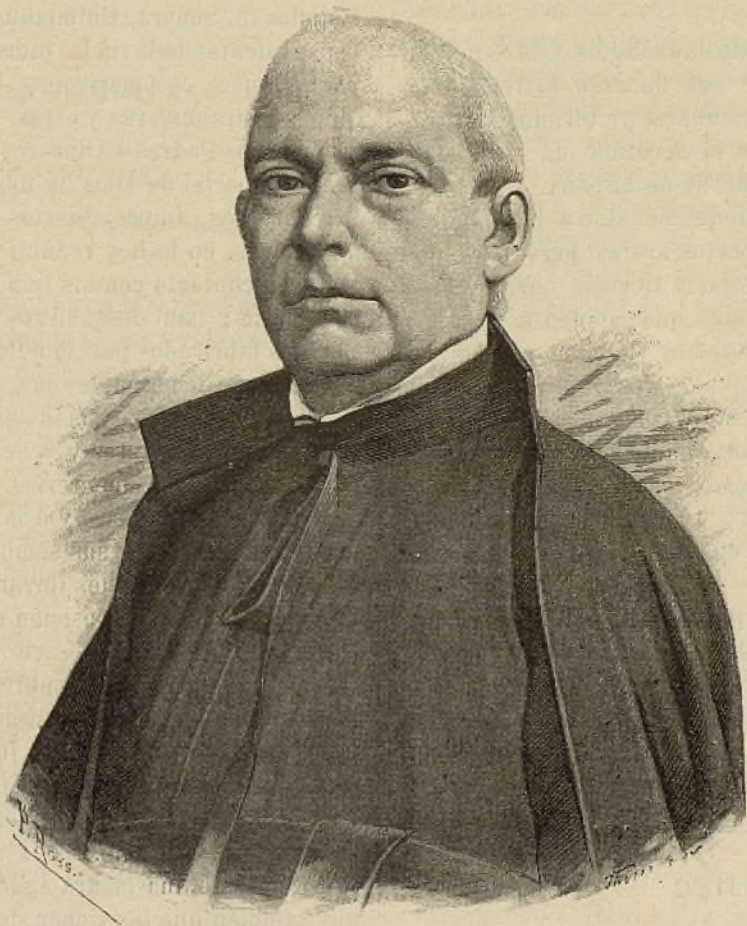
Veamos ya cómo los habitantes de estas montañas celebran el nacimiento del hijo de aquellos santos ancianos Zacarías é Isabel.

El árabe cristiano es también impresionable, aunque á su modo y sin el refinamiento de goces materiales que gasta el europeo civilizado. Cuando se trata de hacer lo que aquí llaman *fantasia*, gozan lo que es indecible y hasta inconcebible para quien no tenga idea de costumbres honestas y placeres morigerados; y uno de los días de *fantasia* es el 24 de Junio, en que hasta los mismos turcos, amantes de San Juan y San Zacarías, hacen fiesta á su manera matando el indispensable *jaruf* (carnero) y ostentando sus más vistosos trajes.

La fiesta comienza propiamente el 23 antes de rayar el alba, hora en que el pueblo latino

en masa se dirige con los Padres Franciscanos al *desierto*, donde se conserva la gruta en que, según tradición, hizo el Bautista penitencia hasta la edad de treinta años. Situada á la falda de una montaña sobre el torrente que atraviesa el valle del Terebinto, donde el joven David mató al gigante Goliath, rodeada de naranjos, granados y otros árboles que le prestan frescura y verdor, en medio de una soledad que muy propiamente llamamos aquí *desierto*, la cueva de San Juan semeja una de aquellas legendarias viviendas donde el ermitaño sepultaba su existencia dando un eterno adiós al mundo y á sus falsos placeres.

En este lugar privilegiado, y sobre altares portátiles, decimos Misa desde el amanecer hasta media mañana ó más, según la afluencia de sacerdotes peregrinos; y



Rmo. P. CALASANZ CASANOVAS. (Pág. 478)



habiendo concluido todos, se canta el Evangelio que pone la Iglesia en la vigilia de San Juan que comienza: *Fuit in diebus Herodis*, correspondiente al cap. III de San Lucas. Esto se hace en latín y en árabe, cantando á continuación el himno: *Antra deserti*, con el verso y oración correspondiente. Acabadas las ceremonias religiosas, los cristianos disparan al aire sus fusiles, escopetas y pistolas, que es el único fuego de *fantasia* que conocen, revelando en sus semblantes la alegría y satisfacción que les domina.

Vueltos todos al pueblo y á hora oportuna se cantan con toda solemnidad Vísperas y Maitines, que suele officiar de pontifical el reverendísimo Padre Custodio de Tierra Santa, lo mismo que en la Misa del día siguiente cantada á toda orquesta. Al anochecer he visto quemar luces de colores y encender algunas fogatas sobre los terrados de los cristianos.

Este año revistieron las fiestas religiosas de San Juan una solemnidad particular por haberse estrenado en ellas un precioso órgano, y hallarse ya terminados otros trabajos de importancia en el decorado de la iglesia, trabajos que costó el Gobierno de España.

Repito que, para gente impresionable á la moderna, nada de particular ofrecen estas fiestas; pero para nosotros son, además de devotas y tiernas, curiosas por la diversidad de tipos y trajes que acuden á ellas. Y eso que en estos días no gozamos ya, como por ahí, las delicias de la primavera con sus frescas mañanas, con sus flores esmaltadas de rocío y con sus brisas refrigerantes. El verano se adelanta aquí, y ya en Mayo se sienten los calores de Agosto, especialmente los que reciénvenidos de países más templados, no estábamos acostumbrados á dejar la ropa de invierno hasta mediados de Junio.

Para terminar añadiré que la fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen, cuyo santuario está á diez minutos de este convento, se celebra casi punto por punto como la que en mal trazados rasgos acabo de reseñar, exceptuando la peregrinación al desierto, y poniendo la función religiosa en el lugar propio del misterio.

## MÉJICO

*Los indios tarahumaras*

**E**RA el año del Señor 1607, escribe el misionero josefino R. P. J. Troncoso, cuando los indios tepehuanes del valle del Aguila entablaron terrible lucha contra una parte de los indios tarahumaras, ambas tribus de carácter guerrero, aun cuando la segunda de índole más noble y de más marcada inteligencia.

El venerable P. D. Juan Fonte, de la Compañía de Jesús, fué el primer apóstol enviado por la Providencia en el año de 1608, para ir á aquellas regiones á poner en paz las rebeldes tribus, por medio del esclarecimiento de sus inteligencias con la luz santa del Evangelio.

Tanto entonces como ahora, se ha visto en estas regiones que más puede un simple misionero, sin más armas que la doctrina de Jesucristo, que un ejército armado en orden de batalla; y esto se prueba con el dicho del citado P. Fonte, en su carta del 22 de Abril de

1608, en la que, haciendo referencia á su entrada entre los tarahumaras, dice: que por su consejo, ellos y sus confederados los tepehuanes, dejaron la guerra con una docilidad admirable.

Desgraciadamente, aquellas tribus bárbaras que existieron en el año 1600, existen ahora y en el mismo estado de entonces; pues si bien los apostólicos Padres de la Compañía de Jesús, y los hijos de San Francisco de Asís, mucho trabajaron en esa parte de la viña del Señor, y con mucho fruto, para la mayor honra y gloria de Dios; sin embargo, desde que desgraciadamente, repetimos, abandonaron aquellas regiones, comenzaron á caer en sus antiguos errores, hasta volver á su primitivo estado, en el cual se encuentran ahora la mayor parte de esas tribus errantes. Muchas pueblan aún aquellas regiones ocupadas por la Sierra Madre, en los Estados de Sonora, Chihuahua y Sinaloa, entre las cuales se cuentan todavía los pimas, opatas, apaches, seris, yaquis, opas, cocomarcopas, hudcoacanes, yumas, quiquimas, tarahumaras y otras.

Nuestros Padres misioneros Josefinos, á quienes por gracia especial de Dios ha tocado ahora cultivar aquellos antiguos campos abiertos por los primeros Padres misioneros, en la hoy república de Méjico, se han puesto ya en contacto con las tribus de los pimas y los tarahumaras; han descubierto alguno de los hermosos templos fabricados por aquellos héroes cristianos, y la mayor parte de los cuales desgraciadamente por el abandono de tantos años y la inclemencia de los tiempos, están reducidos á santos y venerandos escombros, así como sus sagrados cementerios.

El carácter guerrero y á la vez noble de los tarahumaras, se revela en sus semblantes: conservan aún su carácter guerrero, pues llevan casi siempre consigo sus arcos y saetas en disposición de hacer uso de ellos violentamente en caso necesario. Muchos de los arcos son casi del tamaño de un hombre, y la cuerda gruesa que los sostiene es de una especie de nervios retorcidos, como son las cuerdas de los instrumentos: las saetas ó flechas están de tal manera fabricadas, que se dividen por el centro, de modo que pueden utilizar después la parte anterior de ella. La extremidad de la flecha está construida de una piedra aguda y muy cortante, y las hay también que las tienen de acero. Las envenenan á veces con el jugo de un hermoso arbusto llamado *magor*. Para manejar la flecha se valen de los pies y de las manos, pues sentados en el suelo y recargados en alguna roca, apoyan los pies en el arco y tiran fuertemente de la cuerda con las manos, en la cual está apoyada la flecha que se dispara, aflojando la cuerda; ésta la tiran más ó menos, según la distancia á que se encuentra el objeto sobre el que disparan. Es de notar la puntería tan certera que tienen, pues rarísima vez yerran el tiro. El modo de curar las heridas es con *peyote*, que ellos llaman *peyori*, hecho polvo, con el que rellenan la llaga, limpiándola y renovándola tres veces cada dos días, ó con una especie de bálsamo, compuesto de penca de *magüey*, *mezcal*, *lechuguilla* y *palma de dátíl*, ó con lo que llaman *tepó*, que les sirve también para refrigerar la sed, pues han experimentado que es muy nociva el agua para los heridos de flecha.

Se dejan crecer el pelo, y para sostenerlo usan una



especie de pañuelo con el que se envuelven la cabeza. Algunos (y éstos son los que están más en contacto con la gente civilizada) llevan unas mantas con que se cubren; pero á medida que se interna uno en la Tarahumara los encuentra desnudos, cubiertos solamente con un pequeño cendal. Tanto los hombres como las mujeres son muy desarrollados, están reunidos en tribus errantes que habitan, por lo general, debajo de las peñas, y permanecen el menor tiempo posible en cada lugar.

Cuando el P. Rodríguez, misionero Josefino, estuvo en Méjico, me contó algunas tradiciones que conservan todavía algunos indios viejos, de los Padres Jesuitas ó Jesuitas, como ellos les llaman.

Concluyo suplicando á los buenos cristianos nos ayuden con sus recursos, pues se necesitan ropas, útiles para el trabajo, ornamentos y demás cosas para capillas, etc.

### GOLFO DE GUINEA

*Varias excursiones al interior de la isla.— Frutos recogidos.— Más prendas de ropa*

El R. P. Pablo Pardina, C. M. F., escribe desde Concepción el 24 de Abril último:

EN una de las excursiones que hicimos á dos pueblos llamados Boloko Grande el uno y Boloko Pequeño el otro, empleamos dos días el que subscribe y casi todos los niños del colegio. Nos hospedamos en casa de los mochukus, y ambos nos trataron muy bien.

El resultado inmediato de esta visita fué venirse con nosotros de Boloko grande un negrito ya cristiano y de los más instruidos y antiguos, que había estado en la Misión, y que la había abandonado medio año ha para volverse al bosque.

Al siguiente día de nuestro regreso, se presentó también una joven procedente de Boloko Pequeño, que quería estar en la Misión y hacerse cristiana. Esta joven, al poco tiempo de haber llegado, pidió que le enseñásemos la iglesia. Al ver la imagen de la Virgen preguntó en voz baja á la que le acompañaba:

—Esta mujer blanca ¿dónde ha nacido?

Creía ella que estaba viva. Lo mismo hizo cuando vió al Niño Jesús, diciendo:

—Este Niño tan hermoso ¿habrá nacido en Santa Isabel?

Del mismo Boloko Pequeño se vinieron á la Misión, á los pocos días, dos chicos más, atraídos por la gracia de Dios, y por el afecto que cobraron al misionero al pasar por allí; y así se han ido ganando otros.

Es de notar que en semejantes visitas no se les dice nada de que se vengán á la Misión, por razón de que sus padres ó amos hacen todos sus esfuerzos para estorbárselo. Ni se les puede hablar á éstos una sola palabra directamente de Religión, por estar tan apegados á sus morimós, que es muy difícil entrarles por ahí. Unicamente los hemos de ganar con nuestro buen trato, y con regalitos de ropa, tabaco, abalorios y otras cositas que ellos aprecian mucho.

Para que vean los bienhechores de estas Misiones cuán grande es el bien que hacen con sus limosnas, voy á referir dos casos que manifiestan bien la necesi-

dad y estima que de ellas tienen estas pobres gentes. Por habérsenos mojado una hamaca que llevábamos para dormir, hubimos de secarla al calor del fuego, el cual impensadamente prendió en ella é hizo un rasguño que, con el peso del cuerpo y ser ella vieja, vino á hacerla poco menos que inútil. Al verla en este estado el mochuku del pueblo, me la pidió con mucha instancia, y apenas la tomó en sus manos, cuando empieza á hacerla pedazos y distribuirlos entre sus familiares para taparrabos, quedándose él con otro que se compuso y vistió en un momento en forma de camisa.

Más compasión nos causó lo que vimos el H. Puig y el que subscribe, en otras dos visitas que hicimos al pueblo donde reside Moka, el principal rey de la isla. Nos pusimos á distribuir unas cuantas batas y otras piezas de ropa que llegaron de limosna, y en un instante se apiñó una multitud de hombres, mujeres y niños, la mayor parte totalmente desnudos, que con mucha instancia pedía cada uno para sí, y para las criaturitas que nos presentaban sus madres. No sabíamos á quién atender primero, porque si contentábamos á uno dejábamos con pena á muchos que con igual instancia pedían á un tiempo. ¡Oh, si nos fuera dado recibir piezas de ropa en tanta abundancia que tuviéramos para dejar á todos satisfechos! Pedimos al Señor que acreciente el número de los bienhechores.

### AMÉRICA MERIDIONAL

APUNTES SOBRE EL CHACO Y LOS INDIOS QUE LO HABITAN

#### XI

NO he podido hallar entre estos indios ninguna tradición antigua: por otra parte ellos tienen muy pocas ideas, y éstas vagas y confusas, de lo que es superior al alcance de los sentidos. Conocen al verdadero Dios, que en su idioma llaman *Hoitoj*, que quiere decir Grande Espíritu, pero no le prestan ningún culto, y dicen que es el Dios de los cristianos, el Dios bueno, etc. Pero el Dios de ellos, al que tributan una especie de culto supersticioso, parece que es el demonio, al que llaman *Tac-juaj*, que traducen el Invisible, el Oculto, el diablo, y le prestan ese culto por temor, para aplacarlo, para que no les haga daño, para conocer el porvenir, etc. Pero ellos no tienen ídolos, ni lugar, ni tiempo destinado para el culto, ni templo, ni cosa parecida. Son tan filósofos como los que niegan la utilidad y necesidad de los templos destinados al culto, porque dicen que con esto la Divinidad se limita al estrecho recinto de cuatro paredes, y que siendo Ella inmensa, ¡sólo la bóveda celeste es templo digno de Dios!!! Estos indios se reúnen de noche en campo abierto y á la luz de la luna para hacer sus funciones religiosas, que consisten en los ejercicios siguientes: Se ponen á bailar y cantar formando un círculo, y acompañando el canto y la danza con un tamboril que toca el que preside la función; é invocan y llaman á su dios. Para el efecto los brujos hacen esconder un indio disfrazado de otra toldería, para que no le conozcan los demás, en un bosquecillo cercano; y cuando calla el tamboril y la muchedumbre, y ejecuta un *solo* el tiple de una mujer, entonces el diablo en carne sale del bos-



que y se pone á la vista de los indios. El que preside va á su encuentro á recibirlo, lo introduce en el corrillo y comienza á bailar con los demás dando brincos, haciendo piruetas y travesuras, y todos le hacen fiesta. En seguida la muchedumbre se sosiega y calla, y se pone á escuchar con atención; y el *Oculto*, envuelto y tapado de pies á cabeza, aparece en medio del círculo, y dándose los aires de profeta, con voz disfrazada y muy delgada anuncia lo que ha de suceder; predice si habrá pestes ó no en el año, si habrá buenas ó malas cosechas, mucha algarroba, pescado, etc., según las instrucciones de los brujos, y en seguida se retira al bosque. A veces se les ocurre á los indios hacerle alguna otra pregunta, salir de alguna duda que ha sobrevenido á alguno, etc.; y entonces vuelven á llamarlo y se repite la misma escena. Este es el dios visible de ellos, que representa al invisible y *Oculto*. Aunque en el principio creí que esta aparición del *Oculto* consistiese en esto y no más; con el andar del tiempo y mejor informado casi me he convencido que los brujos tienen comercio con el demonio, y que alguna vez se les aparece en forma visible. Sea lo que fuere, la muchedumbre y especialmente los chicos y las mujeres creen que ese indio disfrazado es el dios de ellos.

Otras veces son visitados por algún pariente de ultratumba, que llaman *Hojot*, y no es más que otro indio disfrazado que evocan casi con el mismo aparato que al *Oculto*; pero á diferencia de éste se presenta en la reunión con formal gravedad, saluda á todos con voz disfrazada; se entretiene un breve rato, y en seguida se despide de cada uno con un abrazo respetuoso descansando un momento la cabeza sobre el hombro recíprocamente, y se retira.

## XII

Los matacos tienen una idea muy imperfecta y confusa de la propiedad; pues sólo la tienen de la propiedad en común respecto á la tierras donde han nacido las familias de cada parcialidad ó cacicazgo, que reconocen como exclusivamente propias. Por lo demás, si un indio roba alguna cosa á otro, ó una parcialidad hace á otra algún daño ó perjuicio, los perjudicados procuran compensarse ó vengarse ocultamente si pueden, pero nadie reclamará esa compensación ó restitución ni á los caciques ni á los que han hecho el perjuicio.

Estos indios son muy filantrópicos á su manera entre sí y aun para con los cristianos: cuando un indio llega á su choza cargado de pescado, afluyen á ella las chinas de la toltería; y la mujer del indio distribuye la provisión entre todas, quedándose no pocas veces con la menor parte. No es necesario advertir, que haciendo todos lo mismo, quedan compensados los unos con los otros. Hallándose reunidos varios indios sin tener tabaco más que uno solo, éste convida á los demás hasta que tiene, y si no le queda más que para un cigarro, chupa unas bocanadas de humo, y los pasa á otro, y así sucesivamente. Viajando algún cristiano por sus rancherías, mientras éste tiene con que comprar pescado ú otras cosas á los indios ó pedirles algún servicio, nada hacen ni les suministran gratuitamente; pero cuando ven que nada le ha quedado, le proporcionan de lo que tienen sin ningún interés.

No reconocen el principio de autoridad ni en los caciques ni en sus propios padres: los siguen por instinto y conveniencia, y les obedecen cuanto quieren y en lo que les gusta, sin que sean reprendidos ni castigados; porque los mismos padres y caciques parece que no se creen investidos de esa autoridad para imponer y mandar, ó son tímidos y cobardes, y no se resuelven á ejercitarla. De manera que los partidarios del Estado y de la escuela sin Dios y sin Religión, los socialistas y los comunistas, encuentran reducidos á la práctica sus principios entre los indios matacos del Chaco, y pueden conocer fácilmente á donde precipitarían la sociedad suprimiendo el principio religioso, el principio de autoridad y el derecho de propiedad.

La falta de estos tres elementos ó principios esencialmente necesarios para formar una sociedad, y para que ésta alcance el grado de civilización y progreso que es su ley, explica suficientemente el estado salvaje á que se hallan reducidos estos infelices restos de antiguos dueños del continente americano, y la dificultad de reducirlos á la vida civilizada y cristiana. Y á la verdad, acostumbrados á vivir en los bosques desde que nacen, divididos en pequeñas fracciones frecuentemente enemigas entre sí, alimentados con la pesca, la caza y otras frutas silvestres, sin más cuidados que satisfacer las necesidades del día, sin otra autoridad que su individual albedrío, sin otra ley que las costumbres salvajes de sus antepasados, sin otra moral que el instinto, sin culto, sin religión, sin Dios en este mundo... todos estos inconvenientes hacen moralmente imposible ó por lo menos difícil, trabajosa y morosa la empresa de recogerlos y tenerlos reunidos en un lugar fijo, aficionarlos al trabajo y á conservar lo que adquieren, acostumbrarlos á reconocer y sujetarse á una autoridad, conseguir que dejen sus costumbres alvajes é inveteradas, y más que todo disipar las tinieblas de su ruda inteligencia, é infundir en ella las primeras nociones de Dios, de la Religión, de la moral, de la justicia, etc., y hacer que amen y traduzcan á la práctica estas mismas nociones.

Los misioneros conocieron desde los primeros años y tocaron como con la mano estas dificultades; pero al mismo tiempo reflexionaron que el haber nacido estos indios y haberse criado en los boques, y como consecuencia, el ser tan rudos, ignorantes y salvajes, no era un crimen en ellos, sino una desgracia. Y por esto, movidos de un sentimiento de humanidad, de compasión y de verdadera caridad evangélica, emprendieron la difícil tarea de educar, instruir, civilizar y hacer cristianos á estos hombres desheredados. Mucho tuvieron que sudar y sufrir los Padres misioneros por parte de los indios; pero no lo extrañaron, pues atendido su estado no podían esperar de los salvajes y bárbaros sino acciones y correspondencia de tales, y perseveraron constantes en su empresa, esperando del tiempo y de Dios resultados más halagüeños. Algo consiguieron; pero el fruto de sus sudores y desvelos habría sido mayor y más satisfactorio, si á las dificultades intrínsecas no hubieran añadido otras exteriores más graves y más sensibles aquellos que se llaman civilizados y cristianos. Pero no quiero entrar en este terreno, porque sería fastidioso para mí y tal vez para otros, y dejando á



un lado reminiscencias desagradables, pasaré á referir algunos casos que, si no son milagrosos, tampoco pueden atribuirse á la casualidad, sino á disposiciones de la Divina Providencia, *quæ attingit à fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter*, para la salvación de aquellos *quos præsivit et prædestinavit*.

## XIII

Si se tratase de otras naciones ó tribus de indios más despejados y mejor dispuestos, de indios que tienen algún principio y práctica de una religión, aunque falsa, los hechos que voy á referir nada tendrían de singular; podrían ser hechos comunes y efectos de una gracia ordinaria. Pero respecto de estos indios tan rudos y estúpidos como ellos solos, especialmente respecto de cosas de religión y de todo lo que sobrepuja el alcance de los sentidos, cualquier pequeña disposición propia y personal es á mi juicio extraordinaria y puede llamarse milagro de la divina gracia. Otras reflexiones podría hacer sobre este particular, pero las dejo y paso á los hechos.

En el año de 1858 el P. Daniel Michellini y el Padre Maseo Massei estaban un día catequizando á una china enferma, que escuchaba con la mayor atención, contestaba y manifestaba las mejores disposiciones. Parecía que no estaba en peligro, y por esta razón los Padres no se daban prisa, y seguían instruyéndola muy despacio. Mas al fin la enferma les dijo:

—Padres, bautícenme, porque me muero.

Entonces se apresuraron, y apenas recibió el Bautismo entregó su alma al Creador.

En el año de 1867 enfermó el cacique Aruspela, que debía estar cerca de los cien años. Lo visitábamos con frecuencia, para hablarle del bautismo y de las disposiciones para recibirlo. El viejo no lo rechazaba, pero decía que no se sentía muy malo, y que cuando estuviese de peligro se haría bautizar. Mas al fin, viendo que no había esperanza de alivio, se dispuso y fué bautizado. Sobrevivió un mes, y durante este tiempo dió á conocer los efectos de la gracia que había recibido. Decía que se alegraba de haberse hecho bautizar; agradecía á los Padres el cuidado que de él tenían; estaba muy conforme en morir y muy resignado; sufría con paciencia los dolores de la enfermedad, y ordenó que lo enterrasen al lado del capitán Ignacio; en fin mu-

rió con las mejores disposiciones y señales de predestinación.

En 1868 enfermó otro indio de unos setenta años, que se llamaba Escuénec. Los Padres lo visitaban, procurando instrirlo y disponerlo. Por su parte prometió que cuando estuviese de peligro se haría bautizar; pero los Misioneros desconfiaban, tanto más cuanto los brujos y los parientes aconsejan á los enfermos lo contrario, y los asustan diciendo que el agua del bautismo los hace morir. Una noche el indio hace llamar al Padre Nazareno y le pide el bautismo. El Padre lo examinó, y pareciéndole que aun no estaba de peligro, le dijo que podía esperar al día siguiente para ver como amanecía; mas el indio le contestó:

—¿Quién me asegura que llegaré á mañana? me siento mal y deseo que me bautice.

Con esto lo bautizó, y volvió á recogerse; y antes que amaneciese se oyó el lloriqueo y los gritos de los parientes: Escuénec había espirado.

En la Misión de San Antonio el año de 1868 enfermó gravemente un indio de unos treinta y cinco años. Procuré disponerlo para el bautismo; pero su mujer, sus parientes y los brujos le aconsejaban lo contrario, y lo



NORUEGA.—Joven del Faneffjord, brazo del Storfjord. (Pág. 472)



asustaban con que se iba á morir sin remedio si se hacía bautizar. Mas el enfermo me dijo:

—Aunque ellos no quieran, no importa; no les haga caso, Padre; basta que quiera yo. Si el bautismo hace daño, hará daño á mí y no á ellos, lo mismo que si aprovecha.

Lo bauticé, pues, y á los dos días pasó á mejor vida, y se le hizo un entierro solemne como exigieron los parientes, pues era hijo del cacique principal.

Omito otros muchos casos semejantes por no ser demasiado difuso; y sólo creo conveniente añadir, que en los primeros años de nuestra permanencia en medio de estos indios, tenían tal prevención al bautismo, que parece era tradicional que en su concepto aconsejarles que se hiciesen bautizar y á que se dejaran matar era una misma cosa; y nos costaba mucho trabajo quitarles esa prevención y ese horror al bautismo. Pero á fuerza de razones y de ejemplos conseguimos al cabo quitársela de tal modo, que cayeron en el otro extremo, reputando el bautismo un remedio corporal, y cuando enfermaba alguno, luego nos avisaban y pedían el bautismo para sanar. Tan difícil se les hace apreciar el valor de las cosas espirituales y religiosas.

Pasaré ahora á decir algo sobre el idioma de estos matacos.

### ECUADOR

*Conversión del sumo sacerdote de los jívaros de Gualaquiza á los ciento diez años de edad*

El R. P. Francisco Mattana, misionero salesiano, escribe á su Padre Superior:

**S**IN duda alguna que esta carta ha de ser de gran consuelo y satisfacción para V. R. y para todos nuestros queridos hermanos beneméritos cooperadores, pues se trata de la conversión y bautismo del sumo sacerdote de los jívaros de Gualaquiza, anciano de casi ciento diez años. ¡Cómo palpitó de gozo mi corazón, amado Padre, cuando derramé sobre aquella blanca cabeza las aguas bautismales! Este solo consuelo sería suficiente para pagar con usura todos los sacrificios del pobre misionero.

*Taita Cura Shacayman* (tal era el nombre de este anciano) fué, desde nuestra llegada, uno de los más aficionados á los misioneros, demostrándolo con sus frecuentes visitas y con varios regalos que nos hacía de yuca, plátano, incienso y otras cosas por el estilo. Hizo bautizar á todos sus hijos, y dicho sea en alabanza suya, no practicó la poligamia; pero debía asistir siempre como sumo sacerdote á las funciones de los jívaros, cumpliendo con las bárbaras ceremonias propias de estos salvajes. Cuando en las visitas que nos hacía le ocurría asistir á algún bautismo, al sentir explicar que aquellas aguas santas limpiaban y purificaban el alma de tal manera que si uno muriese apenas bautizado iría luego al paraíso á gozar de la vista de *Taita Dios*, le venían deseos de bautizarse, pero más tarde, al fin de sus días, para estar más seguro de no cometer nuevos pecados y volar en seguida al cielo. Mi deseo era ciertamente el de instruirle, al menos en las cosas más esenciales de nuestra santa Religión, y bautizarle lo más pronto posible, para que así dejase de tomar parte en las

funciones idolátricas de los jívaros, sirviendo de buen ejemplo á los otros, y también porque casi todas estas tribus vienen á morir asesinadas á traición en sus frecuentes luchas fratricidas, por lo que se exponía al peligro de morir sin bautismo: pero él, inconstante como todos los de su raza, no se determinaba nunca á darse con nosotros en la Misión siquiera por una semana.

Dios Nuestro Señor, que por otra parte había fijado también para *Taita Cura Shacayman* el día de la misericordia, hizo que enfermase de tal gravedad, que no pudo venir más á visitar á su amigo el misionero, ni tampoco asistir á las fiestas de su tribu. Viéndose empeorar de día en día y que las medicinas de sus brujos no le servían para maldita la cosa, mandó á algunos de su familia para que me avisasen de su enfermedad y me suplicasen que fuese á curarle. Como siempre se hace cuando se va á visitar jívaros enfermos, tomé conmigo algunas medicinas, y cuando llegué á su casa me recibieron con grande alegría. Dile en seguida una bebida, y le curé un pie que tenía muy hinchado, diciéndole entre tanto que se preparase á recibir el santo Bautismo dentro de algunos días, pues era indudable que no podía escapar de aquella enfermedad. Concluida esta obra de misericordia me volví á casa, y pocos días después llegaron á la Misión varios indios, quienes muy acelerados me dijeron:

—*Padre Franciscano, pronto viniendo. Taita Cura Shacayman bautizando, porque pronto muriendo pensando.*

Acudí con gran prisa con todo lo necesario para el santo Bautismo, escogiendo un camino pésimo para llegar más pronto, y cuando finalmente arribé todo sudado y cansadísimo, encontré al pobre *Taita Shacayman* muy extenuado por el mal y por la vejez, ó mejor por la decrepitud, el cual al verme me abrazó y me besó la mano, diciéndome con los ojos inundados de lágrimas:

—*Padre Francisco, yo mucho á vos queriendo... medicinas no... ya yo pronto muriendo, bautizando queriendo... con Taita Dios yendo.*

Enternecido yo á tales palabras, le hice comprender como mejor pude las verdades más esenciales de la Religión, y cuando me pareció haberlo preparado bien, se dispuso todo lo necesario para el grande acto, y poniéndome el roquete y la estola, di principio á las sagradas ceremonias y exorcismos que el Ritual prescribe para el Bautismo de los adultos. Hacía de padrino mi mayordomo Juan Loyola, y se hallaban presentes dos *brujos*, los jívaros Naranza y Juambachi, y muchos otros que llenaban toda la habitación. Era una escena verdaderamente conmovedora. Cuando llegué á la interrogación, si renunciaba al demonio, al mundo con sus vanidades, etc., y él repetía con voz apenas inteligible la respuesta dada por el padrino, no pude contener las lágrimas de consuelo, pues me parecía ver al anciano Simeón que repetía el *Nunc dimittis*. ¡Cuántos pensamientos se agolparon después á la mente, cuando derramé sobre su cabeza las aguas saludables y pronuncié las palabras de su espiritual regeneración!

Después del Bautismo el afortunado anciano soportó por casi un mes con toda resignación y aún con alegría los trabajos de su penosa enfermedad, exhortando á



todos á no afligirse por su cercana muerte. Siguiendo su curso la enfermedad y consumiéndose cada día más el buen anciano, entregó su cándida alma al Creador, después de haber edificado á todos con su piedad y resignación, volando al paraíso á bendecir á la misericordia del Señor que le había querido salvar á la edad de ciento diez años; y á rogar por los cooperadores salesianos que con su gran caridad habían procurado los medios al pobre misionero de Don Bosco para que pudiera instruirle y bautizarle.

¡Continuad, beneméritos cooperadores y cooperadoras, ayudándonos con vuestras oraciones y limosnas para la total conversión y civilización de estas tribus!

### ARAUCANÍA

*Correrías apostólicas que en el año 1895 hizo el R. P. Fr. Felipe S. Bórquez, prefecto del colegio de Castro, acompañado del R. P. Fr. Marcos Bustamante (conclusión).*

EL cacique Marileo, dándose toda la importancia de un jefe superior de su raza, y para confirmar las tradiciones de sus antepasados, mandó á uno de sus mocetones, ó sirvientes domésticos, á suplicarme tuviera una conferencia particular con él antes de bautizar los indígenas. Imaginaba lo que resultaría de esta entrevista, por lo que conocía de antemano acerca de las costumbres indígenas. Contesté al emisario diciéndole que estaba á las órdenes de su cacique, y que mandara á su capellán y amigo. Inmediatamente se presentó con el lenguaraz. Este me dijo que su cacique deseaba que yo fuera su compadre, y que tenía seis niños que bautizar. Como respuesta, le dije que tenía gran satisfacción en aceptar el compadrazgo, y que así tendría más razón para aconsejarlo á fin de que cuanto antes dejara la poligamia y fuera un fervoroso cristiano.

Supliqué al V. P. Fr. Bernandino Saldivia bautizara mis ahijados, lo que hizo con toda buena voluntad. En seguida principié á bautizar á los demás indígenas catequizados en número de treinta y seis; y á veinticinco niños; administrándoles después el sacramento de la Confirmación. Además en ese mismo día se unieron con el vínculo matrimonial trece parejas.

A la vista del fruto percibido en la casa de Marileo, insistí nuevamente en mi antigua tarea, rogándole dejara de una vez la poligamia. Como última palabra, me dijo Marileo:

—Espero en Dios, compadre, que otra vez que venga á verme arreglaremos cuentas.

Tengo fundadas esperanzas en que la gracia de Dios obrará la conversión del cacique más influyente que hoy día tiene la raza araucana.

Eran como las tres de la tarde del día 18 de Octubre, cuando nos despedimos de nuestro amigo Marileo, quien nos había prestado cabalgaduras y un mozo para que nos acompañara hasta Traiguén.

Mas, nuestro compañero, el V. P. Fr. Marcos Bustamante, se había enfermado y tuvo que regresar á Angol.

Resolví irme á Traiguén, y permanecí dos días en esa Misión, la cual iba á visitar después que concluí las correrías en las Misiones de Nueva-Imperial y Cholchol.

Dejé esta Misión, por cuanto en este tiempo agenciábamos el nuevo local en que se está fundando la Misión de la Inmaculada Concepción de Carahue; diligencias que se llevaron á feliz término, mediante la cooperación que el Supremo Gobierno presta á nuestras Misiones.

En otras ocasiones he manifestado la distancia que separa á Traiguén de Carahue; no hay, pues, necesidad de recordarlas nuevamente.

Este camino lo hice solo, porque el V. P. Bustamante, por su mala salud, había hecho el viaje por tren á Temuco y á caballo hasta Carahue. Nos encontramos en este pueblo el día 25 de Octubre, y luego dimos principio á nuestras tareas cotidianas; las confesiones y comuniones fueron numerosas, más de trescientas personas se reconciliaron con Nuestro Señor en los días que allí permanecemos.

Desde cinco años atrás se venía construyendo una capilla, la que ya está al concluirse. En ella dimos la Misión.

La Orden Franciscana tenía en este pueblo una preciosa heredad, un sitio sagrado de tristes y heroicos recuerdos. Hago alusión al lugar en que nuestro obispo de Imperial, el R. P. Antonio de San Miguel edificó su catedral que fué destruida por los indios en el año 1600. Nunca perdimos las esperanzas de recuperar ese sitio en que se recuerda el heroísmo de los habitantes de la antigua Imperial. Tanto es así que el año 60 de este siglo, cuando ya los indígenas estaban un tanto tranquilos, fué el R. P. Fr. Buenaventura Díaz á tomar posesión de ese lugar.

Allí mismo, por sus propias manos, levantó una choza pajiza en la que vivió dos años, choza que tuvo que abandonar en altas horas de la noche, salvándose de un modo milagroso de ser muerto por la mano vengadora del indómito araucano.

En donde no quedan más que ruínas de un soberbio edificio como era la antigua catedral, muy luego levantaremos nuestra Misión. Ya el terreno nos pertenece. El Supremo Gobierno, haciendo una obra de justicia accedió en darnos perpetuamente ese lugar que custodiaremos como emblema sagrado de la gloria á que es acreedora nuestra Orden en la civilización de las tribus araucanas. Allí mismo rindieron su vida muchos Franciscanos, quienes, predicando la paz y la verdad, gozando estarán en el cielo el premio de sus trabajos. En este mismo lugar hoy día evangelizaremos los últimos restos de esa raza, por quien no ahorramos sacrificios á fin de que sean hijos de la Iglesia y hombres útiles á la sociedad.

A la fecha en que escribo ya se ha dado principio á cerrar la media hectárea que ocupaba la catedral con los edificios anexos que en ese tiempo se supone tendría. Al menos los escombros así lo demuestran.

Tengo á la vista una carta del R. P. Marcos Bustamante en que me dice «que desde que está en Carahue ha bautizado 95 indígenas y bendecido 17 matrimonios, lo que constituye un verdadero triunfo de la fe cristiana si se toma en cuenta lo que cuesta convertir á la raza araucana.

Muy luego íbamos á tener una gran reunión de indígenas en la mitad del camino entre Carahue y Nueva Imperial. Desde tiempo atrás el V. P. Fr. Francisco



Sánchez estaba catequizando las Educaciones allí establecidas. Una vez que estuvieron preparados para recibir el bautismo, confirmación y matrimonio me dió aviso á fin de que participara de esa obra eminente grata á Dios y á los hombres.

Tuvimos la reunión indicada á orillas del majestuoso río Imperial en casa del Sr. Valenzuela, caballero muy recomendable por su fe y horadez á toda prueba.

Siempre recordaré agradecido impresiones saludables que encontré en esta reunión de indígenas, que no bajaría de seiscientos ó más. En ella pude apreciar verdaderamente cuánto hace una familia cristiana cuando vive entre los indígenas. La Sra. Valenzuela me contó que vivía allí hacía doce años, y que siempre se había ocupado en evangelizarlos. Encontramos indígenas que sabían rezar y tenían conocimientos claros de los misterios de nuestra sacrosanta Religión.

Permanecimos todo un día administrando los Sacra-

Religión. Me dijo que no tenía necesidad de hacerse cristiano; que quería vivir como sus padres, y no dejaría sus cinco mujeres; pero que no impedía bautizaran sus niños y los indígenas que lo desearan.

Principiamos á catequizarlos con toda decisión y entusiasmo. Grande fué nuestra sorpresa cuando tropezamos con un indio jóven que sabía rezar á las mil maravillas.

—¿Dónde has aprendido á rezar? le pregunté.

—En Angol, Padre, me respondió. Sé leer y escribir, sé algo de agricultura y horticultura: el R. P. Fr. Antonio de Jesús Márquez me enseñó lo que sé.

—¿Cómo siendo cristiano y civilizado vistes *chamal*, y vives confundido con los de tu raza sin enseñarles lo que sabes?

—¡Ah! Padre, me replicó: nosotros los mapuches somos muy torpes: cuando les hablo sobre lo que sé y cuando les quiero enseñar otras costumbres, empiezan á reírse y á burlarse de mí; cuando están embriagados



NORUEGA.— Parte del Geirangerfjord, brazo del Storfjord. (Pág. 471)

mentos. Llegada la tarde habíamos bautizado 68 indígenas y casado 19 parejas.

En estos mismos días el R. P. Fr. Juan E. Vera salió á dar una Misión á las Reducciones indígenas que están situadas al Oriente de Nueva Imperial. Ni el tiempo ni el mal estado de salud le impidieron recorrer gran parte del territorio perteneciente á su Misión. No podía esperarse otro resultado más favorable que el que obtuvo el R. P. Juan: bautizó 86 indígenas y celebró 11 matrimonios.

Entre tanto preparábamos una nueva correría con el V. P. Fr. Francisco Sánchez, á la que dimos principio en los primeros días del mes de Noviembre. Nos dirigimos al Norte del río Cholchol. Fijamos nuestra residencia en las Reducciones del cacique Millacura, quien nos recibió de buena voluntad. Este cacique es un hombre rudo y de muy mal carácter siempre que se le habla de

se aúnan para maltratarme. Si vivo aquí es porque tengo terreno y animales.

—¿Eres casado?

—No, Padre; pero mi mujer es cristiana, no es de esta Reducción: aquí no hay ningún cristiano. Este cacique es muy porfiado; nunca ha querido admitir al R. P. Buenaventura Vera, que ya murió. Le pido, Padre, que me case católicamente, que me perdone y bautice á mi hijito.

Todo esto hice en seguida no sólo con éste sino con los que catequizamos, llegando á 36 los bautismos y á 7 los matrimonios.

Cuando administraba los Sacramentos noté que faltaban tres niños de los que estaban ya apuntados en la libreta: elevando la voz pregunté:

—¿Quién robó estos tres niños?

Nadie respondía ni daba cuenta de los niños perdidos.





NORUEGA.—Lago Eikisdalsvand, al pie del Aagotting. (Pág. 472)

El R. P. Sánchez me dijo:

—Es muy probable que alguien los ha ocultado en alguna ruca. ¿Voy á buscarlos?

—Vaya, le dije, y cuidado que nadie se mueva de la fila.

Después de muchos trajines, de idas y venidas, lo divisé que traía sus tres niños mapuches con la autora del robo, que era una india vieja, quien los había ocultado en una casa. Eran sus nietos, y no quería que fuesen cristianos, porque se morirían.

Por más que procure ocultar la dureza de la cerviz araucana en lo que miraba á la Religión, no puede el amor paternal encubrir tanta apatía, tanta indolencia en esta pobre gente. Las cosas más santas las miran con una frialdad que pasma. No dan importancia á lo que en primer lugar deberían aceptar como un don celestial y divino.

Estoy convencido que en ninguna raza americana se habrá trabajado con más tesón y celo apostólico que entre las tribus araucanas. La historia patria se ha encargado de transmitir á la posteridad los trabajos apostólicos de tantos misioneros que con su palabra y su ejemplo recorrieron estas regiones, dejando en pos de sí la huella fecunda de la caridad que los animaba. Con todo esto, no habiendo desde la colonización escaseado el ministerio sacerdotal entre los araucanos, tenemos hoy día muchos paganos que se resisten tenazmente á abrazar el Catolicismo; como lo vemos y palpamos á cada paso en las correrías anuales que por nuestro ministe-

rio tenemos que practicar, no sin grandes y continuados sacrificios que permanecerán ocultos hasta el día de la retribución universal.

He dejado, pues, al cacique porfiado que no quiso bautizarse; pero, mediante la gracia de Dios, reside en su Reducción una pequeña grey, de la porción escogida, la que dejé al cuidado de nuestro misionero de Nueva Imperial.

Proseguí mi camino hacia las márgenes del majestuoso río Cholchol, en donde creía encontrar al celoso y abnegado misionero R. P. Fr. Pedro J. Mansilla, con quien íbamos á proseguir las correrías apostólicas que habíamos principiado á fines del mes de Septiembre.

Habiendo llegado felizmente al vado del río, subí con mi cabalgadura á un lanchón que me transportó al otro lado.

En este lugar tuve el placer de saludar al misionero de Cholchol, junto con dos indiecitos que habíamos educado en Angol, los que, sabiendo que llegaba ese día, habían ido á verme y á ofrecer sus servicios. Estos eran Segundo Painemal y Antonio Cayuqueo; ambos pertenecen á la nobleza araucana, hijos de antiguos y poderosos caciques, aliados del Gobierno, como ellos dicen, en la pacificación de la Araucanía.

Sin disminuir un ápice nuestro entusiasmo religioso, sin pérdida de tiempo empezamos á formar nuestro itinerario, el que debíamos cumplir á la letra, al visitar las Reducciones indígenas que pertenecen á la Misión de Nuestra Señora del Carmen de Cholchol.



Estaba designado el día de nuestra partida cuando, sin pensarlo, se acercaron varias familias de la localidad, pidiéndome encarecidamente les diera una Misión antes de salir. Me hicieron ver el peligro que corría la piedad y buenas costumbres de su pueblo, en presencia de una verdadera inmigración protestante (metodista) que acababa de sentar sus reales en Cholchol, estableciendo iglesia, escuela y no sé qué otras cosas más.

No pude ser indiferente á una súplica piadosa, y que no contribuía menos á la conservación de la fe católica que los otros trabajos que tenía entre manos.

Dispusimos lo conveniente á fin de poder sacar el mayor fruto espiritual de la Misión. Mandamos emisarios á distintas partes, para que todos supieran que era tiempo de venirse á reconciliar con Dios, en esos días de salud que inesperadamente se les habían presentado.

Nuestra voz fué oída en todas partes. Gran número de fieles concurría diariamente á las distribuciones de mañana y tarde. El resultado favorable que obtuvimos superó á nuestras esperanzas, porque pocos fueron los que no se reconciliaron con Dios. Más de 500 personas recibieron en los ocho días la Sagrada Eucaristía.

En todas las instrucciones morales y doctrinales que hacíamos al pueblo tratábamos de fortalecer su fe y prevenirlos contra los impostores de la verdad que á ellos procuraban atraerlos por medio de falaces argumentos, con detrimento de la paz social y de la tranquilidad de conciencia que sólo da la Religión católica.

Satisfecha la piedad de las familias cristianas de Cholchol, resolvimos no retardar más nuestra visita á nuestros queridos mapuches.

Estábamos á fines de Noviembre, y dentro de un mes más debíamos dejar el suelo araucano para cumplir con otros deberes que nuestras Constituciones imponen.

La primera salida que hicimos fué al lado Poniente del río Cholchol. Designamos como centro de reunión general las casas del cacique Antonio Painemal. Tenía éste aviso especial para hacer llamar oportunamente á sus subalternos, y anunciarles el objeto de nuestra visita.

En otras ocasiones este cacique se había portado muy bien; él mismo presidía las reuniones, y hablaba en ellas sobre las ventajas de la civilización. El y toda su familia son cristianos; muy queridos y respetados de todos los que frecuentan esos lugares. Abrigábamos la esperanza de que tendríamos una gran reunión de indígenas, puesto que nuestro principal cooperador era nuestro buen amigo Painemal.

Caminábamos tranquilamente en las primeras horas de la madrugada por el extenso valle del río Cholchol; admirábamos la fertilidad de esos campos y lo poco ó nada que la mano del hombre ha hecho para arrancar á la tierra las riquezas con que la dotó la Providencia; forjábamos mil ilusiones venturosas y comentábamos los episodios que nos pasarían entre los indígenas, cuando divisamos una cumbre y las rucas de la Reducción de Painemal.

—¿Cómo no veo indígenas? le dije al R. P. Mansilla.

—Vamos á casa de Manuel Painemal, y allí reuniremos los indígenas.

Así sucedió. Este es un joven de finos modales; educado en la Escuela Normal de Preceptores de Santiago; pero no se recibió porque le sobrevino una penosa y grave enfermedad.

Como éste sabía que íbamos á catequizar los indígenas, había reunido á todos sus amigos, porque ese día deseaba recibir el sacramento del matrimonio, según aviso que había dado con anticipación. El mismo catequizaba á sus parientes y amigos, á fin de que todos fueran cristianos é hijos de la Iglesia católica.

En estas Reducciones ingresaron al rebaño de Cristo 36 infieles, y 18 parejas se unieron con el vínculo indisoluble del matrimonio.

Tuvimos una reunión importante en casa del cacique general, Domingo Coñuepan.

Después de dar cita á todos sus subalternos y de recibir las instrucciones convenientes por espacio de seis días, avisamos á los vecinos de Cholchol se trasladaran á la casa de Coñuepan, para que sirvieran de padrinos en la administración de los Sacramentos. Así sucedió: la mejor y más distinguida sociedad de ese pueblo se trasladó al lugar de nuestra referencia.

La conclusión de estas distribuciones tuvo lugar en un día festivo, primer domingo de Diciembre.

Cerca de las doce del día empezó á celebrarse el santo sacrificio de la Misa, en una casa nueva que todavía no era habitada. Más de 600 personas asistieron á este acto solemne, al que asistían más de mil indígenas á oír la palabra de Dios. Diez caciques con sus respectivos mocetones, sus mujeres y niños habían asistido durante seis días á instruirse en los misterios de nuestra sacrosanta Religión.

En ese día recibieron el santo bautismo 78 indígenas, en su mayor parte eran personas adultas; también se unieron en matrimonio cristiano 26 parejas. Unos y otros recibieron el sacramento de la Confirmación.

Llegada la tarde, despedimos á nuestros queridos indígenas con el adiós de costumbre.

Con estas reuniones que dejo indicadas, daba por terminadas las correrías apostólicas del año 1895.

## TIERRA DEL FUEGO

*Misión de San Rafael.—Entusiasta recibimiento*

El Ilmo. José Fagnano, prefecto apostólico, escribe desde Puntarenas el 4 de Mayo de 1896:

Nos trasladamos á San Rafael en la isla Dawson, embarcándonos en un pequeño vapor llamado *Antonio Díaz*, acompañados por los PP. Durando, Borgatello y Maralvini, y por el clérigo Crema, con dos niños de nuestro Colegio de Puntarenas; la distancia desde este punto á nuestra Misión es de cuarenta y cinco millas geográficas, que con buen tiempo se surcan en siete horas; digo con buen tiempo, porque esta parte del Estrecho es la más ancha y los vientos levantan olas como en alta mar antes de llegar á la extremidad Norte de la isla, siendo tanta la fuerza de la tempestad, que pone en peligro á los buques y vapores pequeños, que á veces se ven obligados á retroceder y buscar refugio en los puertos de la costa patagónica y de



la Tierra del Fuego. La causa de las borrascas y agitación casi continua que se nota en este Estrecho no es otra que el encontrarse precisamente en este punto las corrientes contrarias que vienen del canal del Almirantazgo, Bahía Inútil y Estrecho de Magallanes. No ha faltado de entre nosotros quien pagara el consabido tributo al mar, pero poco tiempo, pues cuando el vapor llega al abrigo de la costa Este de la isla Dawsón, camina como por un manso río.

A las cuatro de la tarde entramos en la bahía Xanis, pudiendo desde luego descubrir la Misión. ¡Cuántas cosas nuevas! ¡Qué hermosa vista ofrece actualmente el Colegio y taller de las Hermanas! Al divisarse el vapor se puso en movimiento toda la Misión para recibirme, después de un año de ausencia. Varias chalupas y canoas con su bandera á popa, tripuladas por nuestros queridos indígenas, vinieron á saludarnos, y al acercarse al costado del vapor saltó á bordo nuestro muy amado P. Pistone, director de la Misión, quien nos dió noticias muy consoladoras acerca de la misma. Llenaban el muelle gran número de indios, y las Hermanas con las mujeres nos esperaban en su colegio.

Al desembarcar hizo oír sus acordes la pequeña banda de música, mientras todos se acercaban para saludarnos y besarnos á porfía la mano.

Como venían las Hermanas con la reverenda Madre General, se formaron dos grandes grupos separados de hombres y mujeres, en los que se veía el contento, admiración y satisfacción de todos, Hermanos, Hermanas é indios.

¡Cuánta sencillez en estos indios! Uno para significar su deseo de vernos decía:

—*Tú siempre venir, siempre venir y nunca llegar.*

Otro:

—*Padre Pistone decir muchas veces: Padre grande lejos, lejos; pronto venir, mas nosotros esperar mucho.*

¡Pobres indios! nos aman con verdadero cariño, y necesitan ser atendidos para su instrucción religiosa, para educarles sus hijos y para enseñarles un trabajo útil y provechoso.

Visitamos después la Misión. ¡Cuántas casas nuevas se habían levantado! ¡Qué buena posición tiene el nuevo hospital, y qué buenos servicios prestará á la Misión cuando esté concluido! Visitamos el nuevo taller de tejidos de lana, y vimos los ensayos del trabajo, que son satisfactorios, y que con algún auxilio podrán ser muy útiles á la Misión, pues se hacen medias y cobertores con la misma lana de las ovejas.

Han adelantado bastante todos los edificios, y vi con gusto ensanchada la iglesia, las escuelas y todos los talleres, que actualmente son suficientes para los trescientos y más indios que tienen residencia fija en San Rafael.

Mientras permanecí en Italia tuvieron que hacerse muchos gastos, por cuya razón los PP. Borgatello, Bernabé y Pistone contrajeron deudas considerables, de modo que ahora nos da mucho que temer nuestra situación, pues crecen de día en día los gastos de esta Misión, y al parecer no aumentan las limosnas.

## AYALA (Filipinas)

*Expedición á Nongán, pueblo habitado por moros calibuganes*

El R. P. Juan Ricart, S. J., escribe desde Ayala, el 24 de Junio de 1894, al reverendo Padre Superior:

EL día 10 de este mes, á las nueve de la noche, salimos en un lancán, y amanecemos en Erenas, donde llegamos á las cinco y media de la mañana; y sin detenernos fuimos siguiendo la navegación hasta Muluc. A las siete nos pusimos otra vez en viaje, pasando por delante de muchas cuevas y bocas de roca, que son otras tantas casas grandes donde abunda el nido de la golondrina. A eso de las nueve pasamos por frente á la cascada de Paniran, de unas veinticuatro varas de altura. En todo esto trayecto, desde Erenas y Lintangán, no se encuentran pueblos ni casas hasta Pangían, donde viven algunos pocos moros calibuganes y á donde llegamos á eso de las nueve y media. Tomamos luego la travesía, dejando á nuestra derecha el seno y pueblo de Sibuco. Pasado el medio día descansamos y comimos en Limbaguán al abrigo de una gran roca ahuecada, de donde salimos al poco rato dirigiéndonos á la cercana punta de Batolindue, pasando por una gran peña colocada entre la mar y la dicha punta, continuando nuestra navegación hasta la curiosa cueva de Mantebú, á la cual arribamos á las cuatro de la tarde. Después de pocos momentos vimos á lo lejos dos ventas, y nosotros, que éramos diez, nos pusimos en guardia á causa de estar aquellos mares muy despoblados y cruzados por moros piratas. Las ventas realmente venían hacia nosotros, cambiando su rumbo, resultando ser cuatro subanos que al divisar desde lejos al Padre vinieron á saludarnos, y el día siguiente, después de dicha la santa Misa, quisieron ellos mismos acompañarnos hasta Nongán. Entonces me acordaba de los PP. Francisco Paliola y Juan del Campo y demás misioneros nuestros, quienes hacían repetidas veces la larga y peligrosa travesía de Siocon á Zamboanga y viceversa. La noche del lunes al martes yo la pasé en el lancán, y los demás durmieron dentro de la cueva. Una verdadera cruz de piedras casi iguales constituye y forma la célebre cueva de Mantebú, á cuya derecha hay un río á manera de estero, y á la izquierda, formando ángulo recto desde el fondo de la cueva, continúa otro como cuerpo de edificio de roca viva con pequeñas cuevas en los bajos y aproximados al mismo ángulo. A la izquierda de este martillo ó cuerpo de edificio, y á unos seis metros de distancia, se ve de perfil un arco de unas veinte varas de alto, y guardando proporción en lo ancho si se le mira de frente, todo formado por una sola piedra; y aunque tosco en su configuración, no deja de ser este conjunto una maravilla, producida por uno de tantos cataclismos habidos en el transcurso de los siglos. La cueva tiene de fondo unas cuatro brazas, y pueden entrar en ella tres personas de frente. Como la cueva está formada por una cruz, resultan dos mesas grandes de piedra, y en la piedra mesa de la izquierda se celebró el santo sacrificio de la Misa, el martes 12, á las cuatro y media de la mañana, estando presentes y muy admirados los cuatro subanos, que no nos abandonaron hasta llegar á Nongán. A las cinco y media estábamos otra





NORUEGA.— Mujer del Fanefjord. (Pág. 472)

vez en viaje, y á las once del día entrábamos en el gran río de Nongán. Venía entre nosotros como compañero un cabeza de barangay casado con una mora bautizada y natural de aquella ranchería, y sirvió de práctico. Después de internarnos algo en el río, la mitad de nuestra gente fué á tierra en busca de la actual casa del ulangcaya de los moros, y entre tanto los que quedamos, continuamos nuestro viaje río adentro. Al cabo de una hora nuestro lancán no podía ya pasar adelante por razón de las baradas; y comenzamos á dar voces con el tambulí ó cuerno para indicar á los de tierra el sitio donde nos encontramos. Como contestación oímos á gran distancia al pie de aquellos montes, el sonido del águn. No pudiendo pasar adelante, volvimos atrás, quedándonos en un *duncaan* ó desembarcadero, alter-

nando entre tanto los toques del tambulí y del águn. Pasado un buen rato apareció un moro algo anciano y hermano del ulangcaya, acompañado de un pandita de buena edad y muy alto. El primero preguntó si queríamos ir nosotros al ulangcaya, ó bien que el ulangcaya viniese á nosotros. Yo le dije que estaba cansado; y que si era posible, viniese el ulangcaya. El pandita fué con el encargo, y al cabo de media hora volvió de nuevo con el ulangcaya y una comitiva de unos treinta moros. Aquellos moros comprenden muy bien la palabra Calibugan, cuya etimología supone mezcla de varios elementos. Hice grande elogio de su lenguaje, por cuyo medio podían ellos entender á los demás gentes ó tribus de aquella tierra. Se les leyó en diferentes lenguas el decálogo, y les gustó mucho, como que no podían tener nada contra él. Luego se les insinuó algo el Credo *cum mica salis*. Se les repartieron algunos cigarrillos y otras cositas que llevábamos, y como eran ya las tres de la tarde, les dijimos que habíamos tenido el gusto de visitarles alegrándonos de que no hubiera enfermos en aquellas regiones tan sanas; y con esto nos despedimos de ellos, llevados del remo y del agua hacia la mar, y siendo nuestro rumbo de vuelta para nuestra cueva de Mantebú, llegando á ella á las ocho de la noche. Pasamos una tormenta tanto más fuerte y peligrosa, cuanto no era posible acercarnos á aquellas orillas llenas de rocas y peñones agujereados por la violencia de las

olas. La mayor pena que yo tenía era no haber en Nongán una familia cristiana que pudiera introducir dulce y suavemente en aquellos habitantes la luz de la fe y las verdades de nuestra Santa Religión.

La mañana siguiente del miércoles, tempranito regresamos con intención de ir directamente sin parar haciendo la travesía hasta Erenas ó Malayal. Pero esto no fué posible, porque la mar se nos puso mala y con grande marejada; y como pudimos, fondeamos en una playa antes de llegar á la cascada de Paniran, en donde acabamos las provisiones. El tiempo continuaba malo, y la gente fué al monte en busca de palásan ó bejuco tierno, que á ellos les gusta cocido; para mí es también sabroso, aunque esté sin aliño. Entre tanto á eso de las cinco de la tarde se puso el tiempo menos mal, y



con el favor de Dios llegamos felizmente á Erenas, en donde al oír el timuey y los demás subanos el sonido del tambulí ó cuerno, estaban ya esperando los pobrecitos en la playa para recibir nuestra embarcación, á pesar de que llovía y era ya de noche. Aunque habíamos terminado ya todas las provisiones no nos faltó nada; el Señor nos proveyó; porque tan pronto como el timuey oyó que decíamos: *Daidum, timbos na lámnon lámnon*: es decir: *No hay nada; acabado ya todo, todo*; al momento nos proporcionó muy amable dos yantas de arroz, un gallo, pescado y cebollas; se encendió lumbre para secar la mojadura que llevábamos, de suerte que á su tiempo pudimos ir á descansar bien servidos y satisfechos, según era la necesidad en que estábamos. Los grumetes descansaron en tierra en un camarín bien acomodados, y yo fui como de costumbre al lancán, donde pasé dos turbonadas fuertes; pero la segunda estuvo tan huracanada que dos grumetes comparecieron en seguida, muy mojados y con gran dificultad, diciéndome que mejor era que fuese con ellos á tierra; pero viendo que el viento arreciaba más, fuimos de parecer de esperar en el Señor y aguantar un poco más; pues había peligro de ser arrojados por la fuerza del viento ó tierra adentro ó mar afuera. Al poco rato, á las dos de la madrugada del viernes, fuimos por fin al camarín bien frescos y mojados, hallando una hermosa hoguera desde donde calientes y secos volvimos de nuevo al descanso, todos en el camarín. Por sí mismo se venía á la memoria aquella noche el *Domine salva nos perimus*, que no ha mucho tomó el P. Baltasar Ferrer por texto en el sermón del Sagrado Corazón de Jesús. Es que el Señor quería premiar la gran caridad

de los subanos para con nosotros por medio de la Santa Misa que por primera vez y contra los planes que teníamos, se celebró en aquella comarca. ¡Alabado sea Dios Nuestro Señor por todo, y bendita para siempre la Santísima Virgen, á quien invocábamos con el santo Rosario en medio de los mares! Bueno es indicar ahora, sólo de paso, que todas estas palabras de sultán, panglima, dato, ulangcaya, pandita, imam, mandarín, timuey, etc., son ciertos grados jerárquicos que reconocen los moros en su ser y manera de gobierno, y cuya explicación haría ya molesta esta carta.

Por fin el jueves, 14, celebrada la Santa Misa á eso de las nueve de la mañana nos despedimos muy agradecidos de los subanos de Erenas, y nos dirigimos sin demora á este pueblo de Ayala, á donde llegamos el mismo día puesto ya el sol.

## EXCURSIÓN AL PAÍS DE LOS ESHIRAS

POR EL P. BULEON, MISIONERO DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

### IV

La salida del sol.—Llegada á las llanuras eshiras

**D**URANTE la noche no cesó el ruido del tam-tam, pues en un extremo del pueblo celebraron una ceremonia de Buiti. A la madrugada siguiente Ngonda me propuso subir á una altura para contemplar la salida del sol, y me decidí á hacer la excursión, juzgando que no carecería de belleza el espectáculo,



GABÓN.—Puente sobre el río Ofuwu, en el país eshira



cundo no era á él insensible el guía, que de ordinario sólo se preocupaba por su estómago.

Nos dirigimos, pues, presurosos á una altura. Nada turbaba aún la soledad si no era el grito de una ave asustada que huía á nuestra aproximación, y la voz del guía que tarareaba un aire de su país, pero con tanta dulzura y tristeza que no podía substraerme á un sentimiento indefinible, á esa sensación que se experimenta hacia todo lo que es solemne y misterioso á la vez. Hallábame solo con aquel africano, que cantaba en medio de aquella naturaleza adormecida.

Llegamos á la cumbre de la colina en el momento en que la obscuridad empezaba á disiparse, y dibujábanse á lo lejos las montañas. A la parte opuesta sólo se veía la niebla matutina formando un cuadro indescriptible con formas vagas, adivinándose, más que percibiéndose, aquí bosques, allá montañas, y en lontananza el anchuroso Océano. El espectáculo parecía una ilusión.

Ngonda, sentado en el tronco de un árbol, observaba impasible y silencioso. ¿Gozaba, admiraba, podía comprender lo que pasaba en mí? ¿Quién sabe! El africano nunca revela sus emociones, y según él hay cosas que desmerecen al ser referidas. Quizá tenga razón.

De pronto elevóse la niebla, como si un poder invisible la desprendiese del suelo; subió como ligera humareda, suavemente acariciada por la brisa, y luego sólo se detuvo sobre el bosque y á lo largo de los valles, donde un terreno más húmedo, un río tal vez, parecía aun retenerla; mientras que á nuestro frente se extendían llanuras sin término, ora blancas, ora verdes, tomando todos los matices, y las montañas que limitaban el horizonte coronaban sus cumbres como con una aureola resplandeciente.

Rayos de fuego inundaban el horizonte, dándole tintes maravillosos. Iba á aparecer el astro del día, las aveillas empezaban sus cantos, la naturaleza entera parecía conmoverse; en el silencioso bosque oíanse ya mil rumores, y en la llanura que creía desierta viéronse diseminados multitud de pueblos y aldeas. Por todas partes mostrábase la vida: oíase la voz del hombre mezclada con los gritos de los niños: al canto del gallo uníase el balido de los rebaños. Entre tanto el astro del día, disipando los vapores de la mañana, subía majestuosamente por el horizonte. En aquellos países la aurora es de pocos minutos. Di gracias á Ngonda por haberme procurado la vista de este espectáculo.

Bajamos en seguida para reunirnos con la caravana. Los bagajeros estaban inquietos, y Mbulé nos creyó locos ó poco menos.

—Querer asistir á la salida del sol, dijo, con riesgo de caer en las garras del tigre, es una temeridad.

A las ocho la caravana se puso en marcha: todo el mundo estaba de buen humor, y al cabo de una hora entramos en las llanuras.

El primer pueblo que encontramos fué el de Inanga, cuyo jefe Mbunga nos recibió con los brazos abiertos.

Allí fijamos nuestra residencia por algunos días, á fin de hacer varias excursiones, pues el sitio es inmejorable para el estudio del país.

Muchos mapas mencionan la tribu *Eshira*, y le dan variados nombres. En unos se lee *Chira*, en otros *Ichira*

ó *Sira*, y por último *Ashira*. Este último es el más extendido. Por los informes que hemos tomado en el país, y por lo que hemos oído de la boca misma de los indígenas, hemos creído deber corregir el error y escribir *Eshira*.

Pero, se dirá, ¿por qué disputar por un nombre?

Es que un nombre es la historia de un pueblo, y todo pueblo tiene sus tradiciones. ¿A qué viene, pues, esta manía de trastornar todo lo que existe para crear nombres nuevos? ¿Por qué corromper, desfigurar y reemplazar los nombres de una comarca, un río ó una población? Así es que los *mpongües* han sido cambiados en *gaboneses*, los *fangos* en *pahuinos*, los *nkomis* en *camas*, y el país *Ndogo* en *Sette-Camma*, etc.

Es singular pasión ésta, que en Francia está también en auge, de suerte que hay ciudad que apenas pasan diez años que no cambie el nombre de sus calles, nombres respetables y de buenos recuerdos.

## FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

### VII

**Ilmo. Imbert, vicario apostólico de Corea, y sus compañeros Rdos. Maubant y Chastan.—1836 á 1839.**

AL ser llevado al suplicio, el P. T'siu predijo que la Iglesia de Corea estaría huérfana treinta años. Desde entonces el hacha del verdugo segó casi sin descanso vidas y más vidas en las familias más antiguas é influyentes. Por do quiera había ruínas que reparar, inmensas fortunas que llorar, ánimos abatidos que fortalecer, cristianos dispersos que reunir y sostener: tal era la triste pintura que hacían de su país los cristianos de Corea en una conmovedora carta al Papa Pío VII en 1811.

Recibióla el Soberano Pontífice en su prisión de Fontainebleau, y no pudo responder á los deseos de aquellos pobres cristianos sino con lágrimas y oraciones. Por fin en 1831 la Corea fué desmembrada de la diócesis de Pekín y constituida en vicariato apostólico. El Ilmo. Bruguière, de la Sociedad de Misiones Extranjeras, obispo de Capse, coadjutor del vicario apostólico de Siam, fué llamado á este puesto tan glorioso como difícil.

El nuevo Obispo partió para su Misión á mediados del año 1832, acompañado de un sirviente chino, que le prestó excepcionales servicios. Dios se contentó con la buena voluntad del primer Pastor de Corea, sin concederle que pudiese entrar en su querida Misión. Durante tres años el Ilmo. Bruguière vagó errante por Siam, China y Tartaria, expuesto á toda clase de peligros. En el mar fué atacado por los piratas, y en tierra cayó en manos de gentes ignorantes que le hicieron sufrir las mayores fatigas. El hambre, la sed, la calentura, el calor excesivo, los fríos y las nieves de Mandchuria, lo mismo que las lluvias torrenciales, dieron al traste con sus planes.

Obligado á viajar, ora ocultamente por entre poblaciones hostiles, ora en glaciales desiertos ó bosques infestados de fieras y ladrones, casi sin recursos, el animoso Obispo esperaba siempre contra toda esperanza.



Para secundarle en su piadosa empresa, su sirviente José hacía prodigios de abnegación, arrojando los mayores peligros.

Sin embargo, tantas fatigas y trabajos no tuvieron ningún éxito en este mundo. Nuevo Moisés, el ilustrísimo Bruguière, próximo á entrar en su Misión, murió súbitamente, y una fosa cavada en el suelo tártaro recibió los despojos del primer Vicario apostólico de Corea.

Los Rdos. Maubant y Chastan, tras indecibles penalidades pudieron por fin reunirse en Corea á principios del año 1837, y desde luego se dedicaron con celo á dispensar los auxilios espirituales á los fieles, que acudían presurosos. La carencia de iglesias, la imposibilidad de viajar públicamente, los temores y alarmas continuas, el arresto de numerosos confesores todavía detenidos en cinco ó seis cárceles diferentes, la extrema miseria de los cristianos, todo se oponía al buen éxito de sus excursiones apostólicas. Sin embargo, en el mismo año 1837 administraron mil doscientos treinta y siete bautismos, resultado verdaderamente admirable atendidas las circunstancias.

En breve el Ilmo. Lorenzo Imbert, consagrado Obispo de Capse y nombrado sucesor del Ilmo. Bruguière, aprovechando la feria anual de Pien-men entró en Corea, en cuya capital se le juntaron los dos misioneros ya nombrados. Trabajaron todos con tanto celo que á fines de 1838 el número de cristianos se elevaba á nueve mil.

Este consolador resultado se obtuvo á costa de no pocos desvelos.

«Estoy postrado y casi sin fuerzas, escribía el ilustrísimo Imbert, y me hallo expuesto á grandes peligros. Cada día me levanto á las dos y media. A las tres llamo á las gentes de la casa para la oración, y á las tres y media empiezan las funciones de mi ministerio por la administración del bautismo, si hay catecúmenos, ó por la confirmación: sigue la Misa, la Comunión y la acción de gracias. Quince ó veinte personas que han recibido los Sacramentos pueden así retirarse antes de salir el sol. Durante el día entran otras tantas, una á una, para confesarse, y no salen hasta el día siguiente, después de haber recibido la Sagrada Comunión. No permanezco más de dos días en cada casa, en la que reúno á los cristianos, y antes del alba paso á otra. Siento no poco el hambre, pues levantarse á las dos y media, y aguardar hasta medio día una comida escasa y poco substanciosa, en un clima frío y seco, es muy duro.

«Después de la comida tomo algún descanso: luego enseño la teología á algunos escolares, y vuelvo á oír confesiones hasta la noche. Me acuesto á las nueve, en el suelo, sobre una estera y un tapiz de Tartaria, pues en Corea no hay camas ni colchones.»

Los otros dos misioneros compartían este penoso género de vida; pero lo más cruel era el temor continuo de una persecución general que destruyese en pocos días el fruto de tantos trabajos y sacrificios. En 1838 algunas víctimas escogidas fueron á aumentar en el cielo el número de los Mártires, y en Enero de 1839 la persecución se desencadenó de nuevo con inusitada violencia, y á consecuencia de las ejecuciones que se su-

cedieron todos los días en la capital y los alrededores, el terror se apoderó de los infelices cristianos.

El Ilmo. Imbert, que había creído prudente abandonar la capital, fué descubierto por un apóstata y presentado al mandarín, quien mandó atormentarle y le preguntó:

—¿Por qué habéis venido aquí?

—Para salvar las almas.

—¿A cuántas personas habéis instruido?

—A unas doscientas.

—¡Renegad de Dios!

Al oír esta horrible orden el valiente Obispo se estremeció de indignación, y exclamó:

—¡Eso nunca!

Entonces le apalearon bárbaramente, y fué conducido á la cárcel.

No tardaron en ser también presos los Rdos. Jaime Chastan y Pedro Maubant. A las preguntas de los jueces contestaron haciendo la apología de la Religión. «El Papa, dijeron, nos ha enviado á Corea para salvar las almas. El dinero que gastamos es nuestro y procede de las limosnas de nuestro país. En cuanto á las acusaciones de que son objeto los cristianos, no pasan de ser mentiras inventadas por nuestros enemigos, y calumnias que no sostienen un serio examen.»

Durante tres días se sucedieron los interrogatorios y suplicios, y aun se llegó á golpear á los confesores con la terrible plancha con que se azota á los ladrones. No pudiendo vencer su constancia, los trasladaron al Keumpu, prisión destinada á los grandes criminales, donde dieron á cada uno setenta palos y los condenaron á muerte, fijándose el suplicio para el 21 de Septiembre.

El Ilmo. Imbert y sus dos compañeros fueron llevados al lugar de la ejecución con las manos sujetas á la espalda. Los soldados les hirieron las orejas con el hierro de sus largas flechas, que dejaron colgando, y les espolvorearon el rostro con cal, á fin de darles un aspecto repugnante y ridículo. Por último, les pasaron debajo del brazo palos de mucha longitud después de atarles las manos sobre el pecho, y seis hombres los levantaron y pasearon así por la plaza para exponerlos á los ultrajes y burlas de la muchedumbre. Después les hicieron arrodillar, y doce satélites sable en mano les descargaron fuertes golpes hasta decapitarles.

Así terminó la carrera harto breve del segundo Obispo de Corea y de sus dos valerosos compañeros. Los cristianos después de darles ocultamente sepultura, se propusieron imitar la fidelidad y constancia de aquellos que les habían anunciado la fe.

## EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

### XII

*Simpática acogida por parte de los protestantes.— Escasez de obreros apostólicos.— La ciudad de las rosas.— De fjord en fjord.*

**A**L anochecer hicimos escala en el puerto de Aalesund, ciudad comercial de 8,500 habitantes, construída en dos islas de aquel archipiélago. Es el depósito general del Storfjord (*V. el grabado de la*



pág. 464), y de las importantes pesquerías de aquellos parajes, pesquerías que producen anualmente de siete á ocho millones de francos. Hace algunos años envié á uno de nuestros sacerdotes de Trondhjem á Aalesund, Molde y Christianssund, pertenecientes á su vasto distrito, para dar allí conferencias y ver si había medio de organizar en aquellos centros de población una Misión ambulante. Manifestemos desde luego que la idea no tuvo éxito, tan sólo porque nos faltaban los medios materiales. Pero el modo con que fué recibido nuestro emisario demuestra los felices resultados que podrían obtenerse si tuviésemos los recursos necesarios.

La mayor dificultad consistía en hallar local conveniente para las conferencias.

En Aalesund el sacerdote se dirigió directamente al *foged* (subprefecto) para consultarle. El *foged* le recibió con los brazos abiertos, y le condujo á casa del... párroco protestante, para concertar con él la grave cuestión. Allí tuvo también cordial acogida. El buen pastor dijo al misionero:

—Os proporcionaré el vasto local de la Unión obrera, pero con una condición. No repetiréis al público las cosas que mucho tiempo ha tiene sabidas respecto al Cristianismo en general, sino que le expondréis los puntos que nos separan del Catolicismo, para que cesen de una vez los insensatos prejuicios. No podéis imaginaros la idea que nuestras buenas gentes tienen de los católicos: apenas si admiten que sois hombres como nosotros. Demostradles que yerran al dar asenso á tales imaginaciones, y habréis hecho una buena obra: y después volved y continuad vuestra tarea. En Aalesund sabemos soportar la verdad, de donde quiera que venga.

¡Y he aquí que esos tres señores, subprefecto, ministro protestante y misionero católico, redactaron de común acuerdo el programa de las conferencias, programa resueltamente católico! El día siguiente el diario de la ciudad dió la gran noticia. Llegada la noche comenzaron las conferencias: el *foged* y el ministro protestante ocuparon los asientos de honor frente al estrado: el salón del *arbeiderforening* estuvo lleno, y todo fué á las mil maravillas.

En Molde, ciudad situada algo más al Norte, en el centro de un verdadero paraíso terrestre, muy admirado por los excursionistas, el éxito fué igualmente satisfactorio. El Municipio cedió al misionero el salón de la casa consistorial, y como el párroco protestante era hostil á las conferencias, el jefe del Municipio dijo á los concurrentes que no debían preocuparse de la oposición del ministro, pues como buenos protestantes tenían derecho á juzgar por sí mismos si lo que el sacerdote católico iba á decirles estaba ó no conforme con la Biblia y la sana razón.

En Christianssund el resultado colmó igualmente nuestras esperanzas.

Mi dolor es grande al ver que no podemos aprovechar tan felices disposiciones. Ciertamente procuraré que vaya allí de vez en cuando un sacerdote; pero como nos hallamos en la imposibilidad de instalar anejos donde

el sacerdote instruyese á aquellos que reconociesen su error, les conservase en su nueva fe y les dispensase los consuelos de nuestra Santa Religión, sólo conseguiríamos hacer de aquellas buenas gentes malos protestantes, escépticos é incrédulos; turbaríamos su buena fe, con la cual su salvación es siempre posible, porque, á Dios gracias, su bautismo es válido; pero no lograríamos hacer buenos católicos. La conciencia me prohíbe, por lo tanto, dar en estos lugares, en los que no podemos ejercer un ministerio seguido, conferencias que prueben directamente á aquellos protestantes que su religión es falsa. Lo único que podemos hacer en estas tristes circunstancias, es ir de vez en cuando á demostrarles que la Religión católica no es lo que se imaginan, sino que es buena y merece ser respetada por todos los amantes del Cristianismo. De esta suerte preparamos por lo menos el terreno para el porvenir, sin ocasionar la pérdida de las almas en el presente: esto es lo que hago en todos mis viajes, no solamente en las ciudades y en las grandes aglomeraciones por donde paso al visitar nuestros establecimientos, sino también á bordo de los buques, en donde fácilmente se nos escucha.

En Molde me vi obligado á desembarcar para administrar los Sacramentos á algunos católicos que viven á algunas leguas de la ciudad. Esta, aunque pequeña, pues sólo cuenta mil seiscientos habitantes, en verano es un verdadero hormiguero de excursionistas de todos los países del mundo. Está situada en la orilla Norte del Moldefjord, al pie de eminencias verdeantes, detrás de las cuales se eleva una importante cadena de montañas. A esta defensa contra los vientos del Norte deben sus alrededores una vegetación de increíble riqueza. Prosperan allí el haya, el Fresno, el abedul, el castaño, el tilo y el cerezo, floreciendo la rosa en tal abundancia que se denomina á Molde la ciudad de las rosas. La madre selva se encarama á veces hasta la parte superior de las casas; ¡y todo eso en una latitud de 62°44'!

El principal atractivo de Molde, sin embargo, es la vista magnífica de que se goza en la cordillera de montañas del S. y del S. E., con sus agujas de roca y sus nevadas cimas más allá del vasto fjord. A la derecha vese la imponente masa del Lauparen (4,500 pies); á lo lejos, sobre contrafuertes ya considerables, los Trolldtinder (4,623 pies), Romsdalshorn (4,542 pies) y los Vengetinder; á la izquierda el Skjorta, en el Eikisdal (5,139 pies). Molde es el punto de partida para la visita de las magníficas ramificaciones del fjord del mismo nombre, el Fanefjord (*V. en las págs. 461 y 468 tipos de mujeres del Fanefjord*), el Lange fjord, el Ejris fjord, el Røedven fjord, el Romsdals fjord, de donde parte el camino del grandioso valle de Romsdalen, que conduce á Cristianía, el Indrefjord, el Tresfjord y el Isfjord, sin olvidar el Eikisdalsvand (*V. el grabado pág. 465*), lago formado por una hendedura de roca angostísima, de dieciocho kilómetros de longitud, rodeado de rocas vertiginosas, cubiertas de nieve y hielo, de donde caen estrepitosas cascadas y con frecuencia aludes.



Básteme haber indicado sumariamente estas magnificencias que ninguna pluma es capaz de describir. Debemos continuar nuestro camino hacia el Norte, donde nos aguardan nuestros fieles de Trondhjem. A poco de nuestra partida de Molde entramos en el mar, mar caprichoso y traidor, y por lo mismo poco querido de los viajeros. Al

cabo de cinco horas nos encontramos al abrigo de los skjær, que nos acompañarán hasta el fjord de Trondhjem.

Hacemos escala durante algunas horas en Christiansund, ciudad de diez mil quinientos habitantes, que ocupa cuatro islas.

En Cristianssund el Sr. Astrup se dignó convertirse en mi amable cicerone. Me mostró un acueducto muy notable, y que merece ser imitado en los sitios donde falte el agua de fuente, de la que carecen absolutamente estos islotes. La tierra es tan escasa que se ha tratado de introducir la cremación de los cadáveres, por la im-

posibilidad de abrir fosas de siquiera dos pies de profundidad. El suelo es todo peñasco. Para tener agua se han practicado ríoglas cuidadosamente cimentadas, que trazando circuitos sin número, abrazan todos los montecillos, recogen cada gota de lluvia que cae, y la conducen á un lago pequeño, contenido por un sólido dique, desde donde se distribuye el agua á la ciudad. En los puntos en que el terreno se halla cortado por torrentes se ha establecido un conducto subterráneo, por el que el agua baja y vuelve á subir en seguida para verterse en la ríogla principal del ribazo siguiente, de suerte que se conserva toda la presión del agua.

Entramos por fin en Bejan, en el fjord de Trondhjem, uno de los más grandes de Noruega. Con tres horas más de camino llegaremos á la metrópoli nidarosiana, después de haber recorrido, desde Bergen, quinientos quince kilómetros.

Al salir de Cristianía puede irse á Trondhjem aprovechando el ferrocarril que pasa por Hamar, una de las antiguas ciudades episcopales de No-



GABÓN.—Montes Igumbi y Undele. (Pág. 470)



GABÓN.—Montes Okuka y Oluwa vistos desde las llanuras ehsiras. (Pág. 470)



ruega, y franqueando la cordillera llamada Dovrefjeld: la distancia es de quinientos sesenta y dos kilómetros. Y en todo este trayecto ¡ay! no hay una sola estación católica, ni siquiera en Hamar.

## MISIONES DE FERNANDO POO

**E**STADÍSTICA *de la prefectura.* Desde el 30 de Junio de 1895 á igual fecha del presente año se han verificado en las nueve casas de la prefectura apostólica 325 bautismos, 111 confirmaciones, 43 matrimonios y 187 defunciones.

En los colegios han sido matriculados 187 alumnos internos y 188 externos. Han dado además instrucción nuestros misioneros á 114 niñas donde no hay Religiosas Concepcionistas. Estas Madres educan en Santa Isabel 23 internas y dos externas, y en Corisco 25 internas y dos externas.

Hay en dicha prefectura 3,093 católicos; de ellos 45 europeos, y además 71 catecúmenos.

En Fernando Poo, además de las Casas de Santa Isabel, Banapá, Basilee, San Carlos y Concepción, se ha establecido recientemente una Residencia en Mus-sola; son, pues, 6 las Casas en dicha isla y por junto, 10 las de la prefectura, con las de Elobey, Corisco, Cabo San Juan y Annobón.

*Lo que hace la Misión.*—Ímproba es la tarea que se imponen nuestros misioneros con la educación de centenares de indígenas y las diferentes excursiones que periódicamente hacen por la isla de Fernando Poo y el continente africano; pero ven recompensadas sus fatigas con saber que cumplen la voluntad de Dios, aumentando el núcleo de los civilizados para gloria de la Religión y de la patria.

Tampoco son de menor cuantía los sacrificios materiales, si se considera que han de vestir y alimentar á unos doscientos alumnos internos; que tienen que proveer de ropas, medicinas, etc., etc., á las familias católicas que van estableciéndose y formando pueblo junto á las casas de la Misión, comenzando por prepararles vivienda, como sucede, v. gr., en San Carlos, donde se han construido por cuenta de la Misión casas para 31 matrimonios; y en la Concepción, donde se hizo lo mismo con 7 familias, y en Corisco con 6, y en Cabo de San Juan, etc., etc.

Agrégase á lo dicho la reciente contrucción de la casa de Basilee, las iglesias de Basilee y Corisco, que se están edificando; la de San Carlos, que hubo de cubrirse de zinc: todo ello á expensas de la Misión, para no gravar más el presupuesto de la colonia.

No se concibe cómo pueden afrontar los misioneros de Fernando Poo tan enormes gastos, si se tiene en cuenta que la mayor subvención anual (que es la que percibe el más calificado de ellos, el ilustrísimo Padre Prefecto apostólico, cuya categoría es casi episcopal) no pasa de 800 pesos; exactamente el sueldo de un practicante del servicio sanitario de la colonia: ó sea, cuatro pesos menos de lo asignado al carpintero del Pontón.

La mayoría de las asignaciones de la Misión es de

400 pesos anuales; 100 pesos menos de los que percibe un aprendiz maquinista del cañonero que fondea en aquella estación naval. Pero no queda en esto, pues hay actualmente en la prefectura de Fernando Poo 11 misioneros que no reciben un solo céntimo de subvención; porque las Misiones, que no ceden en patriotismo á ninguno de sus émulo, desean aliviar cuanto les sea posible las cargas del presupuesto de la colonia fernandina.

## CARTA ENCÍCLICA

### DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII

#### SOBRE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

(Conclusión)

**P**OR donde se ve claramente que los Obispos perderían el derecho y el poder de gobernar si se separasen de Pedro ó de sus Sucesores. Pues por esta separación se arrancan ellos mismos del fundamento sobre que debe sustentarse todo el edificio, y se colocan fuera del mismo edificio; por la misma razón quedan excluidos del rebaño que gobierna el Pastor Supremo y desterrados del reino cuyas llaves ha dado Dios sólo á Pedro.

Estas consideraciones hacen que se comprenda el plan y el designio de Dios en la constitución de la sociedad cristiana. Este plan es el siguiente: el Autor divino de la Iglesia al decretar dar á ésta la unidad de la fe, de gobierno y de comunión, ha escogido á Pedro y á sus Sucesores para establecer en ellos el principio y como el centro de la unidad. Por esto escribe San Cipriano: «Hay, para llegar á la fe, una demostración fácil que resume la verdad. El Señor se dirige á Pedro en estos términos: «Te digo que eres Pedro...» Es, pues, sobre uno sobre quien edifica la Iglesia. Y aunque después de Resurrección confiere á todos los Apóstoles un poder igual, y les dice: «Como mi Padre me envió...» no obstante, para poner la unidad en plena luz, coloca en uno solo, por su autoridad, el origen y el punto de partida de esta misma unidad. (*De Unit. Eccl.* n. 4).»

Y San Optato de Milevo: «Tú sabes muy bien, escribe, tú no puedes negarlo, que es á Pedro el primero á quien ha sido conferida la Cátedra episcopal en la ciudad de Roma; es en la que está sentado el Jefe de los Apóstoles, Pedro, que por esto ha sido llamado Cefas. Es en esta Cátedra única en la que todos debían guardar la unidad, á fin de que los demás Apóstoles no pudiesen atribuírsela cada uno en su sede, y que fuera en adelante cismático y prevaricador quien elevara otra cátedra contra esta Cátedra única. (*De Schism. Donat.* lib. II).»

De aquí también esta sentencia del mismo San Cipriano, según la que la herejía y el cisma se producen y nacen, la una y la otra, del hecho de negar al poder supremo la obediencia que le es debida: «La única fuente de donde han surgido las herejías y de donde han nacido los cismas, es que no se obedece al Pontífice de Dios, ni se quiere reconocer en la Iglesia un solo Pontífice y un solo juez que ocupa el lugar de Cristo. (*Epis. XII ad Corn.* n. 5).»

Nadie, pues, puede tener parte en la autoridad, si no



está unido á Pedro, pues sería absurdo pretender que un hombre excluido de la Iglesia tuviese autoridad en la misma. Fundándose en esto Optato de Milevo, reprendía así á los donadistas: «Contra las puertas del infierno, como lo leemos en el Evangelio, ha recibido las llaves de salud Pedro, es decir, nuestro jefe, á quien Jesucristo ha dicho: «Te daré las llaves del reino de los cielos, y las puertas del infierno no triunfarán jamás de ella.» ¿Cómo, pues, tratáis de atribuíros las llaves del reino de los cielos, vosotros que combatís contra la Cátedra de Pedro? (Lib. II, n. 4, 5).»

Pero el orden de los Obispos no puede ser mirado como verdaderamente unido á Pedro, de la manera que Cristo lo ha querido, sino en cuanto está sometido y obedece á Pedro; sin esto, se dispersa necesariamente en una multitud entre la que reinan la confusión y el desorden. Para conservar la unidad de fe y comunión, no bastan ni una primacía de honor ni un poder de dirección; es necesaria una autoridad verdadera y al mismo tiempo soberana, á la que obedezca toda la comunidad. ¿Qué ha querido, en efecto, el Hijo de Dios cuando ha prometido las llaves del reino de los cielos sólo á Pedro? Que las *llaves* signifiquen aquí el poder supremo; el *uso bíblico* y el consentimiento unánime de los Padres no permiten dudarlo. Y no se pueden interpretar de otro modo los poderes que han sido conferidos sea á Pedro separadamente ó ya á los demás Apóstoles conjuntamente con Pedro. Si la facultad de atar y desatar, de pastar el rebaño, da á los Obispos, sucesores de los Apóstoles, el derecho de gobernar con autoridad propia al pueblo confiado á cada uno de ellos, seguramente esta misma facultad debe producir el mismo efecto en aquel á quien ha sido asignado por Dios mismo el papel de apacentar los *corderos* y las *ovejas*. «Pedro no ha sido sólo instituido Pastor por Cristo, sino Pastor de los pastores. Pedro, pues, apacienta á los corderos y apacienta á las ovejas; apacienta á los pequeñuelos y á sus madres, gobierna á los súbditos y también á los Prelados, pues en la Iglesia fuera de los corderos y de las ovejas no hay nada. (S. Brunonis. Ep. Signiensis. *Com. in Joan.* part. III, cap. XXI, n. 55).»

De aquí nacen entre los antiguos Padres estas expresiones que designan aparte al bienaventurado Pedro, y que le muestran evidentemente colocado en un grado supremo de la dignidad y del poder. Le llaman con frecuencia «Jefe de la Asamblea de los discípulos; Príncipe de los santos Apóstoles: corifeo del coro apostólico; boca de todos los Apóstoles; Jefe de esta familia; aquel que manda al mundo entero; el primero entre los Apóstoles; columna de la Iglesia.»

La conclusión de todo lo que precede parece hallarse en estas palabras de San Bernardo al Papa Eugenio: «¿Quién sois vos? Sois el gran Sacerdote, el Pontífice soberano. Sois el príncipe de los Obispos, el heredero de los Apóstoles... Sois aquel á quien las llaves han sido dadas, á quien las ovejas han sido confiadas. Otros además que vos son también porteros del cielo y pastores de rebaños; pero ese doble título es en vos tanto más glorioso cuanto que lo habéis recibido como herencia en un sentido más particular que todos los demás. Estos tienen sus rebaños que les han sido asignados á cada uno el suyo; pero á vos han sido confiados todos los

rebaños: vos únicamente tenéis un solo rebaño formado no solamente por las ovejas, sino también por los pastores: sois el único pastor de todos. Me preguntáis cómo lo pruebo. Por la palabra del Señor. ¿A quién, en efecto, no digo entre los Obispos, sino entre los Apóstoles, han sido confiadas absoluta é indistintamente todas las ovejas? «Si tú me amas, Pedro, apacienta mis ovejas.» ¿Cuáles? ¿Los pueblos de tal ó cual ciudad, de tal ó cual comarca, de tal reino? «Mis ovejas,» dice. ¿Quién no ve que no se designa á una ó algunas, sino que todas se confían á Pedro? Ninguna distinción, ninguna excepción. (*De Consid.* lib. II, cap. VIII).»

Pero sería apartarse de la verdad y contradecir abiertamente á la constitución divina de la Iglesia, pretender que cada uno de los Obispos, considerados aisladamente, debe estar sometido á la jurisdicción de los Pontífices Romanos; pero que todos los Obispos, considerados en conjunto, no deben estarlo. ¿Cuál es, en efecto, toda la razón de ser y la naturaleza del fundamento? Es la de poner á salvo la unidad y la solidez más bien de todo el edificio que la de cada una de sus partes. Y esto es mucho más verdadero en el punto de que tratamos, pues Jesucristo Nuestro Señor ha querido para la solidez del fundamento de su Iglesia obtener este resultado; que las puertas del infierno no puedan prevalecer contra ella. Pues todo el mundo conviene en que esta promesa divina se refiere á la Iglesia universal y no á sus partes tomadas aisladamente, pues éstas pueden, en realidad, ser vencidas por el esfuerzo de los infiernos, y ha ocurrido á muchas de ellas separadamente ser, en efecto, vencidas.

Además, el que ha sido puesto á la cabeza de todo el rebaño, debe tener necesariamente la autoridad, no solamente sobre las ovejas dispersas, sino sobre todo el conjunto de las ovejas reunidas. ¿Es caso que el conjunto de las ovejas gobierna y conduce al pastor? Los sucesores de los Apóstoles, reunidos, ¿serán el fundamento sobre el que el Sucesor de Pedro debería apoyarse para encontrar la solidez?

Quien posee las llaves del reino tiene evidentemente derecho y autoridad, no solamente sobre las provincias aisladas, sino sobre todas á la vez; y del mismo modo que los Obispos, cada uno en su territorio, mandan con autoridad verdadera, no solamente á cada individuo, sino á toda la comunidad, así los Pontífices Romanos, cuya jurisdicción abraza á toda la sociedad cristiana, tienen todas las porciones de esta sociedad, aun reunidas en conjunto, sometidas y obedientes á su poder. Jesucristo Nuestro Señor, Nos lo hemos dicho repetidas veces, ha dado á Pedro y á sus Sucesores el cargo de ser sus Vicarios, para ejercer perpetuamente en la Iglesia el mismo poder que El ejerció durante su vida mortal. Después de esto, ¿se dirá que el Colegio de los Apóstoles excedía en autoridad á su Maestro?

Este poder de que hablamos sobre el Colegio mismo de los Obispos, poder que las Sagradas Letras enuncian tan abiertamente, no ha cesado la Iglesia de reconocerlo y atestiguarlo. He aquí lo que acerca de este punto declaran los Concilios: «Leemos que el Pontífice Romano ha juzgado á los Prelados de todas las Iglesias; pero no leemos que él haya sido juzgado por ninguno de ellos. (Hadrian II, in *Alloc. III ad Syn. Rom. an.* 869. Cf.



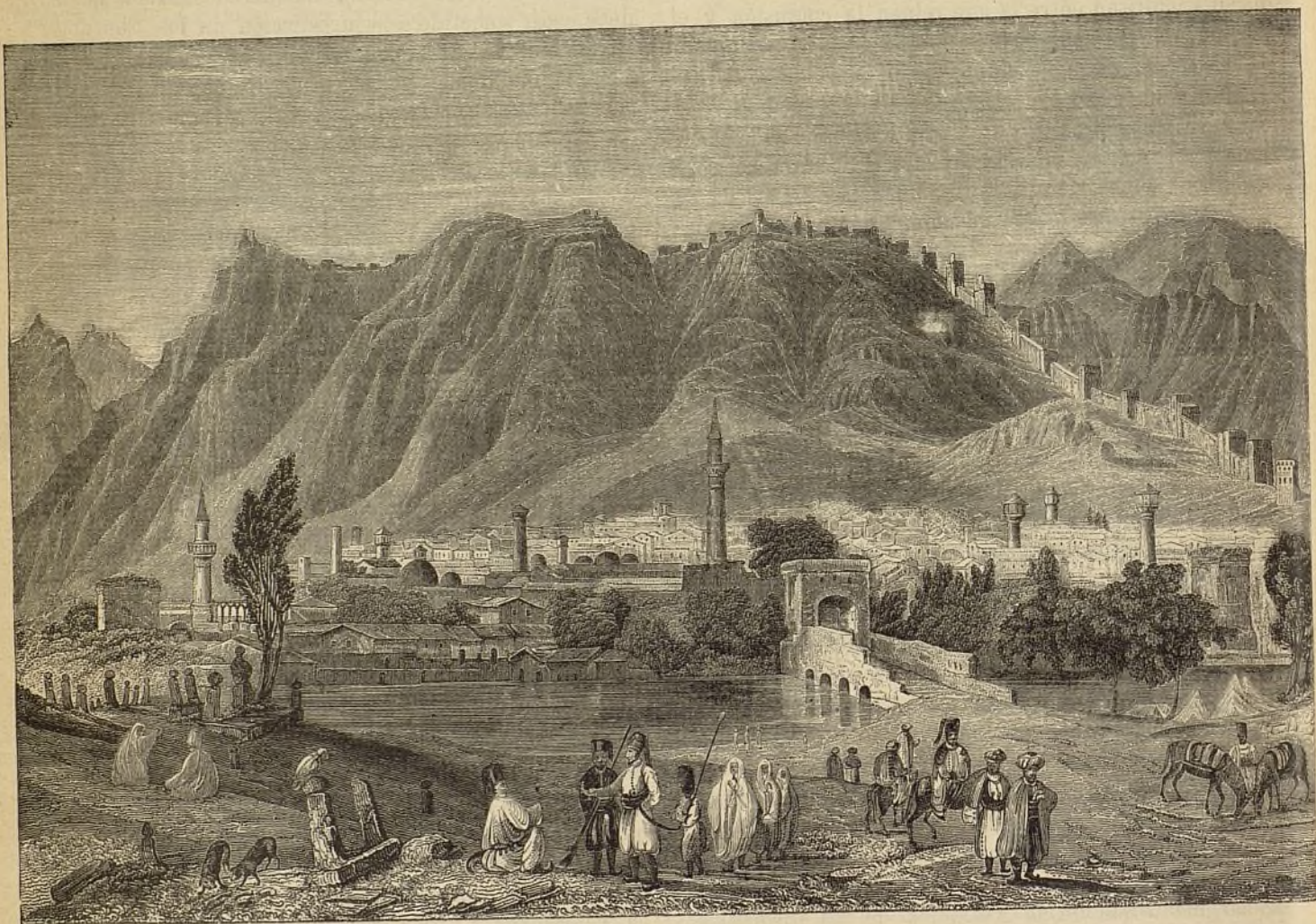
Actionem VII Con. Constantinop. IV).» Y la razón de este hecho está indicada con sólo decir que «no hay autoridad superior á la autoridad de la Sede Apostólica. (Nicol. in *Ep. LXXXVI ad Michael. imp.*)».

Por esto Gelasio habla así de los decretos de los Concilios: «Del mismo modo que lo que la Sede primera no ha aprobado no puede estar en vigor, así, por el contrario, lo que ha confirmado por su juicio ha sido recibido por toda la Iglesia. (*Ep. XXVI ad Ep. Dardanie*, n. 5).» En efecto, ratificar ó invalidar la sentencia y los decretos de los Concilios ha sido siempre propio de los Pontífices Romanos. León el Grande anuló los actos del conciliábulo de Efeso; Dámaso rechazó el de Rímmini; Adriano I el de Constantinopla; y el vigési-

Las Sagradas Escrituras dan testimonio de que las llaves del reino de los cielos fueron confiadas á Pedro solamente, y también que el poder de atar y desatar fué conferido á los Apóstoles conjuntamente con Pedro; pero ¿dónde consta que los Apóstoles hayan recibido el soberano poder *sin Pedro y contra Pedro*? Ningún testimonio lo dice. Seguramente no es de Cristo de quien lo han recibido.

Por esto el decreto del Concilio del Vaticano que definió la naturaleza y el alcance de la primacía del Pontífice Romano, no introdujo ninguna opinión nueva, pues sólo afirmó la antigua y constante fe de todos los siglos.

Y no hay que creer que la sumisión de los mismos



VISTA DE ANTIOQUÍA. (Pág. 480)

moctavo cánon del Concilio de Calcedonia, desprovisto de la aprobación y de la autoridad de la Sede Apostólica, ha quedado, como todos saben, sin vigor ni efecto.

Con razón, pues, en el quinto Concilio de Letrán expidió León X este decreto: «Consta de un modo manifiesto, no solamente por los testimonios de la Sagrada Escritura, por las palabras de los Padres y de otros Pontífices Romanos y por los decretos de los Sagrados Cánones, sino por la confesión formal de los mismos Concilios, que sólo el Pontífice Romano, durante el ejercicio de su cargo, tiene pleno derecho y poder, como tiene autoridad sobre los Concilios, para convocar, transferir y disolver los Concilios. (Sess. IV, cap. II.).»

súbditos á dos autoridades implique confusión en la administración.

Tal sospecha nos está prohibida, en primer término por la sabiduría de Dios, que ha concebido y establecido por sí mismo la organización de este gobierno. Además, es preciso notar que lo que turbaría el orden y las relaciones mutuas, sería la coexistencia, en una sociedad, de dos autoridades del mismo grado y no sometida la una á la otra. Pero la autoridad del Pontífice es soberana, universal y plenamente independiente; la de los Obispos está limitada de una manera precisa y no es plenamente independiente. «Lo inconveniente sería que dos Pastores estuviesen colocados en un grado igual de



autoridad sobre el mismo rebaño. Pero que dos superiores, uno de ellos sometido al otro, estén colocados sobre los mismos súbditos, no es un inconveniente, y de esta suerte un mismo pueblo está gobernado inmediatamente por su párroco, por el Obispo y por el Papa. (S. Thom. in *IV Sent.* dist. XVII, a. 4, ab q. 4, ad 3)."

Además, los Pontífices Romanos, que saben cuál es su deber, quieren más que nadie la conservación de todo lo que está divinamente instituido en la Iglesia, y por esto del mismo modo que defienden los derechos de su propio poder con el celo y vigilancia necesarios, así también han puesto y pondrán constantemente todo su cuidado en mantener á salvo la autoridad de los Obispos.

Y más aún, todo lo que se tributa á los Obispos en orden al honor y á la obediencia, lo miran como si á ellos mismos les fuere tributado. "Mi honor es el honor de la Iglesia universal. Mi honor es el pleno vigor de la autoridad de mis Hermanos. No me siento verdaderamente honrado sino cuando se tributa á cada uno de ellos el honor que le es debido. (S. Gregor. M. *Ep. lib. VIII*, ep. XXX ad Eulog.)."

En todo lo que precede, Nos hemos trazado fielmente la imagen y figura de la Iglesia según su divina constitución. Nos hemos insistido acerca de su unidad, y hemos declarado cuál es su naturaleza, y por qué principio su divino Autor ha querido asegurar su conservación.

Todos los que por un insigne beneficio de Dios tienen la dicha de haber nacido en el seno de la Iglesia católica y de vivir en ella escucharán, Nos no tenemos ninguna razón para dudar de ello, nuestra voz apostólica. "Mis ovejas oyen mi voz. (*Joan. x*, 27)."

Todos ellos habrán hallado en esta Carta medios para instruirse más plenamente y para adherirse con un amor más ardiente cada uno á sus propios Pastores, y por éstos al Pastor Supremo, á fin de poder continuar con más seguridad en el aprisco único, y recoger una mayor abundancia de frutos saludables.

Pero "fijando nuestras miradas sobre el autor y consumidor de la fe, Jesús (*Hebr. xii*, 2), cuyo lugar ocupamos, y por quien Nos ejercemos el poder, aunque débil como Nos lo somos, para el peso de esta dignidad y de este cargo Nos sentimos la caridad inflamar nuestra alma, y estas palabras que Jesucristo decía de sí mismo, nos las aplicamos no sin razón: "Tengo otras ovejas que no están en este aprisco; es preciso también que Yo las conduzca y escucharán mi voz. (*Joan. x*, 16)."

No rehusen, pues, escucharnos y mostrarse dóciles á nuestro amor paternal, todos aquellos que detestan la impiedad, hoy tan extendida, que reconocen á Jesucristo, que le confiesan Hijo de Dios y Salvador del género humano, pero que, sin embargo, viven errantes y apartados de su Esposa. Los que toman el nombre de Cristo es necesario que lo tomen todo entero. "Cristo todo entero es una cabeza y un cuerpo, la cabeza es el Hijo único de Dios; el cuerpo es su Iglesia; es el Esposo y la Esposa, dos en una sola carne. Todos los que tienen respecto de la Cabeza un sentimiento diferente del de las Escrituras, en vano se encuentran en todos los lugares donde se halla establecida la Iglesia, porque no están en la Iglesia. E igualmente todos los que

piensan como la Sagrada Escritura respecto de la Cabeza, pero que no viven en comunión con la autoridad de la Iglesia, no están en la Iglesia (S. August. *Contra Donat. ep. sive De Unit. Eccl.* cap. iv, n. 7)."

Nuestro corazón se va también con sin igual ardor tras aquellos á quien el soplo contagioso de la impiedad no ha envenenado del todo, y que, á lo menos, experimentan el deseo de tener por padre al Dios verdadero, Creador de la tierra y del cielo. Que reflexionen y comprendan bien que no pueden en manera alguna contarse en el número de los hijos de Dios, si no vienen á reconocer por Hermano á Jesucristo y por Madre á la Iglesia.

A todos, pues, Nos dirigimos con grande amor estas palabras que tomamos á San Agustín: "Amemos al Señor nuestro Dios, amemos á su Iglesia: á El como á un padre, á ella como á una madre. Que nadie diga: Sí, voy aún á los ídolos; consulto á los poseídos y á los hechiceros; pero no obstante, no dejo la Iglesia de Dios; soy católico. Permanecéis adheridos á la Madre, pero ofendéis al Padre. Otro dice poco más ó menos: Dios no lo permita; no consulto á los hechiceros, no interrogo á los poseídos, no practico adivinaciones sacrílegas, no voy á adorar á los demonios, no sirvo á los dioses de piedra, pero soy del partido de Donato. ¿De qué os sirve no ofender al Padre, que vengará á la Madre á quien ofendéis? ¿De qué os sirve confesar al Señor, honrar á Dios, alabarle, reconocer á su Hijo, proclamar que está sentado á la diestra del Padre, si blasfemáis de su Iglesia? Si tuvieseis un protector, á quien tributaseis todos los días el debido obsequio, y ultrajaseis á su esposa con una acusación grave, ¿os atreveríais ni aun á entrar en la casa de ese hombre? Tened, pues, mis muy amados, unánimemente á Dios por vuestro padre, y por vuestra madre á la Iglesia. (*Enarr. in Psal. LXXXVIII*, serm. II, n. 14)."

Y confiando Nos grandemente en la misericordia de Dios, que puede tocar muy poderosamente los corazones de los hombres y forzar las voluntades más rebeldes á venir á El, Nos recomendamos con vivas instancias á su bondad á todos aquellos á quien se refiere nuestra palabra. Y como prenda de los dones celestiales, y en testimonio de nuestra benevolencia, Nos os concedemos, con grande amor en el Señor, á vosotros, Venerables Hermanos, á vuestro clero y á vuestro pueblo la bendición apostólica.

Dada en Roma, cerca de San Pedro, á 29 de Junio del año 1896, décimonoveno de nuestro pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

## LAS ORDENACIONES ANGLICANAS

Las Letras Apostólicas sobre las ordenaciones anglicanas, publicadas el 18 de Septiembre, tienen la forma solemne de Bula de las Constituciones pontificias, con los sellos y firmas del Cardenal datario, S. Em. Bianchi, del cardenal secretario de Breves, S. Em. Ruggiero, del notario de curia de Aquila, y del canceller Cugnioni.

Después de hacer mención de su carta del año último



dirigida «á los ingleses que buscan el reino de Cristo en la unidad de la fe,» el Padre Santo se remonta á los orígenes de la cuestión de las ordenaciones anglicanas. El punto de partida es la época en que, bajo el reinado de Enrique IV, poco después del cisma anglicano, se introdujo públicamente en el rito de esas ordenaciones, una forma diferente de la que estaba en vigor en la Iglesia católica.

En el reinado de Maria Estuardo y á petición de esta Soberana el cardenal Polo, legado pontificio en Inglaterra, envió á Roma una misión especial con el fin de reconciliar la Iglesia disidente con la Iglesia Romana. El Papa Julio III, primero, y más tarde Paulo IV, después de un maduro examen de la cuestión, decidieron que los que no hubiesen sido promovidos á las ordenes eclesiásticas por un Obispo regular y legítimamente consagrado, debían recibir de nuevo la ordenación.

Clemente XI emitió la misma sentencia en el caso práctico relativo al célebre Juan Gordon, pues decretó que debía *ex integro et absolute* recibir otra vez la ordenación á consecuencia de un vicio de forma.

Estas sentencias merecen una consideración tanto más grande, cuanto salvo el caso de un vicio radical la doctrina de la Iglesia es de no renovar las ordenaciones.

Además, el nuevo documento pontificio demuestra que en las ordenaciones anglicanas se encuentra no solamente el vicio de forma, sino también el de intención, es decir, que en aquéllas no se propone hacer lo que hace la Iglesia católica al conferir el sacramento de la ordenación, esto es, la potestad de consagrar y de ofrecer el Cuerpo y la Sangre de Cristo y de administrarlos á los fieles.

A pesar de los antedichos precedentes, esta cuestión fue de nuevo suscitada por los católicos, movidos del deseo de facilitar la vuelta de los disidentes á la unidad. El Sumo Pontífice tuvo á bien confiar el examen de aquélla á una Comisión de teólogos, respetabilísima no sólo á causa de la ciencia y erudición de cada uno de ellos, sino también por la diversidad de las opiniones de los mismos sobre el asunto. Después de doce sesiones, en las que los comisionados pudieron libremente exponer su manera de pensar, el Papa dispuso que le fuesen comunicados los resultados, y al propio tiempo tomó consejo de los Cardenales. En fin, después de haber examinado todos los elementos de esta causa é invocado las luces del cielo, el Padre Santo ha emitido la sentencia que promulgan las Letras Apostólicas mencionadas.

El Soberano Pontífice confirma plenamente los decretos de sus Predecesores sobre esta cuestión; los renueva *motu proprio* en la plenitud de su autoridad, y proclama que las ordenaciones hechas según el rito anglicano han sido y son inválidas y absolutamente nulas.

León XIII se dirige por último á los anglicanos, y muy especialmente á sus ministros religiosos, y les reitera su paternal invitación de volver á la unidad católica, ya que únicamente en la verdadera Iglesia de Jesucristo encontrarán el origen de la autoridad espiritual y del ministerio sagrado.

## CRÓNICA

**España.**—El M. R. P. Fr. Manuel P. Castellanos ha sido honrado por Su Santidad con la bendición apostólica, transmitida por el Emmo. Sr. Cardenal Rampolla en la siguiente honrosísima carta:

«Rmo. P. Manuel Castellanos.—Santiago de Compostela.

«Reverendísimo Padre: Con particular agrado y satisfacción ha recibido Su Santidad el ejemplar que V. le ha enviado de su libro titulado *Apostolado seráfico en Marruecos*. El mismo título le ha hecho comprender que ha V. encaminado sus estudios á demostrar lo muchísimo que lleva trabajado la Orden Seráfica para la propagación del Evangelio en Marruecos. Siendo, pues, la publicación de V. muy propia de un hijo de San Francisco y muy conforme con los incesantes esfuerzos que el mismo Padre Santo viene haciendo siempre, y particularmente en estos días, para que los pueblos todos, máxime aquéllos que por desgracia viven sentados en las tenebrosas regiones de la infidelidad, vengán al conocimiento del verdadero Dios y de su Cristo Salvador nuestro, Su Santidad me ha encargado de dar á V. las gracias por el homenaje de su libro y de participarle á la vez la bendición apostólica, para que le sea prenda de paternal benevolencia y estímulo para seguir en sus estudios históricos. Cumpla gustoso con tan grato encargo, y al propio tiempo, dándole las gracias por el ejemplar de su libro que se ha servido dedicarme, me ofrezco de V. con distinguido aprecio afmo. Cappn. S. S. q. b. s. m., M. CARD. RAMPOLLA.—Roma, 7 de Agosto de 1896.»

—En la pág. 457 damos el retrato del Rmo. P. Calasanz Casanovas, que falleció en Roma el 8 de Mayo de 1888 siendo general del Instituto de las Escuelas Pías. Había nacido en Sabadell, de una antigua familia de la misma ciudad, á 12 de Abril de 1815, y en Abril de 1829 ingresó en el Colegio de Escolapios de la referida población, donde hizo en profesión solemne el 3 de Mayo del año siguiente. Siguió sus estudios en Mataró, Igualada y Moyá con gran aprovechamiento, desempeñando varias cátedras en Mataró, Moyá y últimamente en Barcelona. Fué más que notable humanista y teólogo, distinguiéndose particularmente en las matemáticas. En Barcelona tuvo además á su cargo la dirección del pensionado de internos conocido por Colegio de San Antonio Abad. En 1868 fué nombrado por Pío IX general de su Orden, visitando como tal todas las Casas de la misma, incluidas las de Bohemia, Polonia y Hungría. Residió hasta su muerte, que fué ejemplar, en la casa generalicia de San Pantaleón, adquirida para sus primeras escuelas por el glorioso Fundador San José de Calasanz.

**Roma.**—El *Osservatore Romano* ha dado la noticia de la próxima libertad de los prisioneros de Abisinia, debida á la mediación altísima del Papa. Tal nueva se contiene en la siguiente carta del Patriarca de los coptos al cardenal Rampolla:

«Adu-Ababa, 14 Agosto 1896.—Tengo el honor de escribir á V. Ema. desde la capital del imperio abisinio, donde he llegado el 11 de Agosto (estilo griego), siendo nuestro viaje bastante feliz, gracias á la protección del Altísimo y la bendición de la Santa Sede. S. M. el emperador Menelick nos ha recibido con todos los honores debidos á la dignidad de la Sede Apostólica.

«Envíó á nuestro encuentro una escolta de 150 soldados, llevando á su cabeza muchos de los jefes indígenas y al ingeniero Ylg, encargado expresamente por S. M. de darnos la bienvenida.

«Al siguiente día el Emperador nos concedió audiencia solemne, dirigiéndome al palacio Imperial escoltado de todo el clero abisinio en número de 50 sacerdotes.

«Me presenté ante el Emperador y toda su corte, y al entregar las letras pontificias á S. M., le expuse el objeto de nuestra embajada, manifestándole la confianza que la Santa Sede tenía en la generosidad imperial del descendiente de David, de quien la Santa Escritura exalta la clemencia, añadiendo que el Soberano Pontífice había escogido por embajador cerca de S. M. al jefe de la



Iglesia copta, con el fin de apartar de esta misión toda idea política y despertar en la memoria del Emperador de Etiopía los más dulces recuerdos de la Religión.

«Roma y Alejandría, la ciudad de San Marcos, esperan en él, siendo el ruego unido de San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles y el del Evangelista y padre de los coptos y de los abisinios quien solicita de S. M. la gracia de todos los prisioneros.

«Las naciones cristianas esperan que aquel que ha dado espontáneamente al Soberano Pontífice tantas muestras de su regio afecto en ocasión de su advenimiento al solio de San Pedro, no le negará la gracia que Su Santidad solicita hoy por los labios de su embajador extraordinario.

Terminé pidiendo á Dios, que tiene en sus manos el corazón de los reyes, inspirase á S. M., lo que tan conforme aparece á la nobleza de un gran Emperador cristiano y á la dignidad de la Santa Sede.

«El Emperador me respondió así: «El Papa es nuestro Padre común; tiene el derecho de manifestarnos todos sus deseos. Nos volveremos á ver, y nos ocuparemos del especial objeto que os trae á la Abisinia.»

«Entonces me despedí de S. M., deseándole que Dios conserve sus días para gloria y felicidad de la Etiopía.

«Todos los prisioneros que hemos visto gozan de buena salud y hablan en los términos más conmovedores de la bondad con que son tratados por el Emperador. S. M. les da en todas las fiestas una comida en el palacio Imperial. En cuanto á su libertad, los que hemos admirado ya toda la nobleza y grandeza de carácter del Negus, esperamos anunciar bien pronto á la Santa Sede la feliz y grata nueva que consolará á tantas pobres madres y enaltecerá la gloria de S. M. Ruego á V. Ema. que lleve esta epístola á los pies de Su Santidad, solicitando para nosotros la bendición apostólica á fin de que Jesucristo nuestro Dios termine lo que ha comenzado.—CIRILO MACARIO, obispo y vicario patriarcal de los coptos.»

**Holanda.**—El *Katholieke Werkman*, periódico católico de Holanda, publica datos interesantes acerca de los progresos del Catolicismo en aquel país.

Hay en Holanda, según el diario mencionado: 1.º 96 casas de Padres, quienes atienden á 66 parroquias y dan la segunda enseñanza de los Institutos á 725 alumnos; predicán incesantemente por el país, mientras que otros, como los Trapenses, se dedican á la oración, al estudio y al trabajo manual; 2.º 54 casas de Hermanos que cuidan los enfermos, alienados, huérfanos, sordomudos y ancianos en número de 2,485, y dan educación é instrucción á 1,035 pensionistas y á 12,120 alumnos; 3.º 22 casas de Hermanas dedicadas á la vida contemplativa; 4.º 430 Hermanas de la Caridad que cuidan de 12,000 huérfanos niños moralmente abandonados, ciegos, incurables, etc., y que dan instrucción á 3,150 pensionistas y á 121,270 alumnas.

Los Hermanos, además de los servicios que prestan á la Iglesia, educan á 725 alumnos para el ingreso en la Universidad y á 4,185 pensionistas y 133,390 alumnos de escuelas primarias. Asisten á 15,565 enfermos.

**Ayala (Filipinas).**—De una carta del R. P. Juan Quintana, de la Compañía, al reverendo Padre Superior de la Misión, fechada en Ayala el 8 de Noviembre de 1894, extractamos lo siguiente:

«Estamos en pleno novenario de ánimas, al principio poco concurrido; ahora va aumentando más la asistencia con el favor de Dios. En Zamboanga hubo hace siete días una buena cosecha del mismo novenario, terminando con un día de muchas confesiones y comuniones. Alabado sea Dios por todo.

«No hace muchos días que se presentaron aquí, y también en Zamboanga, al Padre Superior algunos con una relación de más de cincuenta cabezas de familia, decididamente resueltos á fundar un pueblo cristiano, estableciéndose en el seno espacioso y fértil de Sirauay, comprometiéndose á levantar ermita ó iglesia y casa para residir allí un Padre. Ya me habían indicado los mismos esto antes de conocer yo dicho seno. ¿No le parece á V. R. éste un medio muy á propósito para abrir las puertas á una nueva cristiandad, y aún á nuevas cristiandades, atendidas las comuni-

caciones que con facilidad pueden establecerse por tierra con la costa del seno de Sibuguey? En Piacan hay grande extensión de terrenos para cocos, bongas, café, cacao, etc., y allí mismo está el sendero practicado por los moros para pasar por tierra á la costa de Sibuguey. En Pugús y Tapanayan se encuentran cerros fértiles para varias plantaciones. En Bitogan, que está al fondo del seno, vense hermosísimas y vastas llanuras que terminan á los pies de elevados montes llenos de vegetación: y luego al lado izquierdo, y en el mismo fondo del seno, está la grande y extensa comarca regada por el grande río de Sirauay, que da sus aguas á una hermosa bahía, espaciosa y de grande profundidad para muchos y grandes barcos. Esta bahía no la he visto, pero dicen que verdaderamente está, y se la ve como escondida desde Piacan, desde donde, y en frente, se ve un hermoso monte, fértil y cortado casi por igual, desde la entrada del seno hasta llegar cerca de Sirauay. Repito en la presente estas noticias algo ampliadas con motivo de haberse nuevamente ofrecido los arriba mencionados para poblar aquellas comarcas, añadiendo ellos que si se aprueba este proyecto, vendrán otros muchos de sus provincias, y principalmente de los boholanos, para ayudarles en el cultivo de aquellas tierras. El P. Pi me dijo que también le hablaría á V. R. de este mismo asunto y en el mismo sentido. Los moros calibuganes de dicho seno son pocos, y tienen incultas y casi abandonadas aquellas tierras. Por esta banda del seno de Sirauay está el otro bonito y abrigado seno de Caut-cauit, asimismo con pocos moros. Los moros que tal vez tienen más terrenos limpios y mejor cultivados, regularmente son los calibuganes del río de Nongán, que está serpenteando por los pies de montes muy empinados y de aspecto algo salvaje.

«Una vez establecida la nueva cristiandad en Sirauay, ya se puede tratar con esperanzas de buen éxito de reducir y convertir los subanos comprendidos desde Peña-Plata ó Coronado á Sindangan, y se puede pasar á un detenido reconocimiento del río Siocon, y con esto se adquirirían más noticias sobre nuevas razas y nuevas comarcas, que serían nuevos campos de trabajos apostólicos.

«Para Sirauay parece que serían necesarios é indispensables al menos dos ó tres Padres y un Hermano: sin duda en estos casos tiene aplicación el *Rogate Dominum messis*.»

**Noticias varias.**—Noticias recibidas últimamente de Madagascar dan como poco segura en la isla la situación de las Misiones católicas, aun de las situadas á muy corta distancia de la capital. Un misionero ha sido bárbaramente martirizado, y muchos temen igual suerte.

No obstante estas noticias, en el último Capítulo general de los Trapenses se ha resuelto fundar un monasterio en dicha isla.

Los monjes, modelo de la más austera penitencia, no reparan en climas para establecer sus colonias, y hoy, en efecto, se hallan constituidos con el mismo género de vida en los países más desemejantes por sus condiciones. Otro milagro más en su vida.

## VARIEDADES

### COSTUMBRES COCHINCHINAS

EN Hué, como en las restantes comarcas de Cochinchina, cuando un hombre ha elegido á una joven para hacerla su esposa, va á ver á los padres, y les ruega que acepten sus servicios: en el idioma local eso se llama el *le Hoi*, ó petición de matrimonio. Si se le acepta se convierte en un servidor de la casa, y esta especie de aprendizaje se prolonga á veces durante un año entero, en cuyo tiempo no se le permite ver á su novia sino muy cortos instantes, á muy largos intervalos, y bajo expresa prohibición de dirigirle la palabra.



Una vez puesto á prueba su carácter, y apreciados sus servicios, se le admite la demanda pública de matrimonio; y por ambas partes se consulta al adivino acerca de la conveniencia del día más propicio para la celebración de la boda.

Los adivinos, que en Hué pululan, son unos pobres diablos, provistos de un material poco costoso, como que consiste únicamente en un cofre reputado mágico, de forma extraña, en el fondo del cual hay tres monedas. Son, como es de suponer, graves y misteriosos. Toman las tres monedas en cuestión y las tiran al aire solemnemente. De su caída depende la suerte de la persona que consulta, pero la sentencia no la pronuncia más que el adivino, y de ordinario no se obtiene sino mediante la entrega de diez caches, que equivalen á una cantidad insignificante. Sin embargo, esta clase de gente hace, según aseguran, su fortuna después de algunos años de dedicarse á este negocio, cuando tienen la suficiente habilidad para inspirar confianza; tan supersticiosos son los cochinchinos. No hay que decir, que según se da más ó menos, la suerte se muestra también más ó menos favorable.

Dominado este obstáculo, viene la ofrenda de regalos á la novia. Las dos familias se reúnen. El novio se prosterna tres veces ante su suegro, y otras tres ante su suegra, se levanta sin pronunciar palabra, y se retira. Pasan tres días. Vuelve trayendo presentes para los padres, alhajas para su novia. Entonces ésta aparece en su traje más rico, se acerca á su futuro y con una mueca desdeñosa le presenta el betel, que saborean juntos: éstos son los desposorios, después de los cuales se fija definitivamente el día de la celebración del matrimonio.

La boda es el episodio final. La ceremonia se hace muy de mañana, según costumbre. Parientes, allegados, amigos y convidados se reúnen en el domicilio del esposo á la hora convenida, y el cortejo se dirige hacia la habitación de la desposada. El, vestido de pantalón y túnica de seda, lleva un turbante negro de crespón, arrollado artísticamente á la cabeza. Marcha delante del cortejo, solo, bajo un parasol llevado por un doméstico: á continuación vienen las gentes convidadas y una larga fila de criados que llevan á cabo la mudanza de sus muebles, guardarropa, utensilios caseros, etc. Así se llega al domicilio de la esposa que le espera: la puerta se abre; la novia aparece con un vestido de seda azul, ancho y que arrastra por el suelo, un collar de ámbar que da varias vueltas en torno de su cuello, brazaletes de oro, radiante en sus magníficas vestiduras. Recibe á su esposo con humildad, le muestra un asiento, le invita á sentarse, y se apresura á traerle té, betel y tabaco que ella misma le ofrece respetuosamente. El por su parte le declara que sus bienes son en adelante los suyos, le hace entrega de la llave de la caja, le asegura su respeto y le da la investidura del cuidado y gobierno de la casa.

Entonces cambia la escena, se abre una puerta y aparece la sala del banquete. En una vasta habitación que da á un jardín plantado de arbustos en flor; hay un estrado, de treinta á cuarenta pies de largo, y tres de ancho, cubierto por completo con un gran mantel, y con otros más finos y pequeños sobre los que se ven

las fuentes que contienen los manjares: no hay ni platos, ni cuchillos, ni tenedores, ni vasos. En lugar de esto hay tazones. Cada tazón contiene arroz cocido en agua y mezclados con ellos otra porción de tazones mayores con salsas de pescados, de tortuga, de rana, con mezcla de hierbas y ensaladas, de donde cada convidado puede sacar con una cucharilla de porcelana, el condimento que prefiere para su arroz, mientras que por medio de unas varitas pincha y saca los trozos de carne y de pescado que se encuentran. Por bebida, aguardiente de arroz aromatizado. En medio de la mesa están las grandes fuentes con los platos de resistencia; un cochinillo asado, pollos y patos que los cocineros se encargan de trincar y distribuir. Después se sirven los pasteles y las frutas, unos y otras de una variedad increíble; y por último, el té y los dulces secos, que son su acompañamiento obligado.

Y á propósito de estos últimos, los convidados tienen una manera curiosa de tomarlos. Los cogen con púas de puerco-espín, montadas las unas en oro, las otras en plata; y después de limpiarlas, las mujeres se las ponen en la cabeza á guisa de alfileres, y se las apropian como recuerdo de la boda.

Uno de los platos favoritos, que no hemos citado, lo forman unos grandes gusanos blancos, que habitan en el tronco de las palmeras, y que según los inteligentes constituyen un manjar suculento.

En medio de este festín los recién casados se levantan, saludan respectivamente, el marido á los padres de la mujer, y ésta á los del marido, y se prosternan juntos antes las imágenes de los antepasados, guardianes tutelares de su hogar. Después salen de la casa y se dirigen á la pagoda más próxima para implorar del del cielo la salud, la unión y la fortuna.

#### ANTIOQUÍA

La célebre Antioquía (*Antiochia Magna*), hoy Antakieh construída en tiempo de Antígono, en otra época más grande y más rica que Roma, pero destruída varias veces, la última de ellas por los mamelucos en 1269, se halla situada en la orilla izquierda del Oronte en una posición agradable. Abundan en ella los jardines. Su población es de 18,000 habitantes, los cuales se hallan diseminados en los restos de su antiguo recinto, que contenía cerca de medio millón. Una parte de sus murallas, de sus catacumbas y de sus acueductos que se han librado de los estragos de los terremotos, es lo único que queda de su antigua magnificencia. Ensançada y emballecida por Seleuco Nicator, que le dió el nombre de su padre Antíoco, fué por espacio de dos siglos la capital del reino griego de Siria. Más tarde, bajo el dominio de los romanos, fué la capital de la provincia de Siria y una de las principales plazas comerciales del Oriente. En ella tuvo establecida San Pedro la Sede pontificia durante siete años, hasta que la trasladó á Roma. Los cruzados se apoderaron de aquella ciudad en 1098, y constituyéronla en capital de un principado cristiano que subsistió hasta el año 1269. En 1516 quedó incorporada al imperio otomano.